

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 64.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

15 de Febrero de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*Capciosidades*, por Donato Luben.

CIENCIA Y ARTE: *La herencia psicológica*, por Ch. Ribot.—*Manifestaciones artísticas y literarias*, por Armando Guerra.—*Los malos pastores*, por Octavio Mirbeau.—*París*, por Emilio Zola.

SECCIÓN GENERAL: *Federico Nietzsche*, por Henry Lichtenber.—*Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñiz.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO CUARTO)

Hoy, como ayer, se hunde la sociedad; el fetichismo lo invade todo; todo lo corrompe el dios oro; el desenfreno y la codicia sirven de eslabón para alcanzar los más altos prestigios sociales. Los que se postran ante la imagen de Cristo son una caricatura recargada de crueldad de los primeros cristianos; triunfan los más despiadados y en nuestros días la victoria social es la representación de todas las malas artes y de todas las bajas pasiones. Ante la acumulación de riquezas, llevada á término sin parar mientes en los medios, ó, mejor dicho, usándolos malos, puesto que sólo se puede ser rico y poderoso sembrando sangre y dolores, se postra todo el mundo, y en primer término sacerdotes, soldados y jueces. Más aún: el mercader, el adorador del metal, está en espíritu y en verdad en el ambiente que nos envuelve; se respira *eso* como se respiraba antes de la invasión de los moralizadores bárbaros. ¿Y qué diremos de las costumbres que hoy privan? Se ha hecho una moral de la contravención de las leyes naturales. Los mismos cristianos, que tan severos se mostraron contra la inmoralidad romana, alaban y ensalzan el vicio, santificando el celibato. Los conventos de célibes son antros de vicios. En todas partes, ¡qué espectáculo! El hombre, el hombre verdadero que ama á la mujer por ser mujer y para ser padre de muchos hijos, es un caso raro en la especie humana. Se burla á natura por agotamiento sexual y por continencia, y de esta lucha entre la privación y el abuso, entre la ardiente pasión que no puede ser satisfecha y la debilidad física que se esfuerza para llenar su cometido, surgen fenómenos físicos y morales, obra repugnante y triste del continuo batallar de la naturaleza con la moral prohibitiva de la que el mismo matrimonio es una manifestación.

Entonces, como hoy, había humanidades en la indigencia, las clases poderosas eran en extremo crueles y despóticas. Mil ciudadanos tenían acaparada la propiedad de Italia y de Egipto, y en nuestros tiempos, como en los de la antigua Roma, existe un movimiento filosófico-social, enemigo declarado de las actuales constituciones económicas y políticas; y en la época presente, como en la pasada, los partidarios de la

nueva revolución encarnan la consistencia moral, el valor de ánimo y la fe en los ideales de que carecen los defensores del mundo que muere. Si se quieren encontrar caracteres íntegros, amantes apasionados de la Naturaleza, fieles defensores de la justicia, hay que ir á buscarlos entre los enemigos de esta sociedad capitalista y capitalizada. Así, pues, los estados morales y filosóficos de hoy son iguales á los de ayer.

Se distingue el anarquismo del cristianismo en que éste es una doctrina depresiva y triste, que hace un mérito del sufrimiento, y aquél un ideal expansivo, alegre y amante de la dicha. En lo económico son idénticos: pretenden la igualdad en los medios de vida, pero los actuales representantes de los primeros apóstoles cristianos han pervertido la doctrina transigiendo con la propiedad individual y hasta siendo ellos mismos los principales poseedores de la riqueza pública.

Las causas de la perversión del cristianismo serán objeto de estudio al final de este libro, para evitar, en lo que esté á nuestro alcance, que futuras maquinaciones den al traste con la bondad del ideal y lo convierten en nido de iniquidades los que ahora son sus enemigos y que mañana pueden declararle amistad con el deliberado propósito de desviarlo de su cauce y dominar al pueblo eternamente.

El principio de autoridad y las creencias espiritualistas dividen radicalmente el anarquismo del cristianismo, siendo éste la negación de todo poder y aquél el conculcador de los principios autoritarios en lo divino y en lo humano. Pero la diferencia de doctrina no implica diferencia de estado social y moral, puesto que las ideas cambian más á menudo que los caracteres físicos y psíquicos de las humanidades. Un mismo estado social puede revestir diferentes formas mentales, según el grado de evolución en que los hombres se encuentren. La misma injusticia, la misma depravación de costumbres, el mismo afán de riqueza, puede producir diferentes ideas, y, por consiguiente, diferentes revoluciones. Un hombre, con todos los caracteres orgánicos de nuestra raza, abarcará más horizonte en la cima de una montaña que en la planicie. La distancia que va del llano á la montaña, es el curso de su evolución intelectual, y si á medida que se acerca á la cumbre descubre nuevos terrenos, pueblos y caseríos, también á medida que va subiendo la cuesta de su perfección descubre nuevos encantos morales é intelectuales, á los cuales traduce en objeto de sus aspiraciones. De ahí que igual estado social produzca diferentes doctrinas, es decir, que igual corrupción é igual injusticia promueva nuevas manifestaciones de rebeldía, el cristianismo antes y el anarquismo hoy.

*
* *

Los apologistas se dieron buena prisa en quitar valor intelectual á la filosofía griega; y uno de ellos, Taciano, llegó á decir que el arte, la filosofía y la ciencia de los paganos era un plagio de los libros hebreos. Contra los judíos usó el mismo procedimiento. ¡Cómo podía ser revelada, es decir, divina, una religión que tanta semejanza tenía con la herejía gentilical! Así se inutilizó á dos enemigos poderosos; pero así también perdió fuerza el cristianismo. Séneca y Filón, los verdaderos filósofos del cristianismo, fueron arrojados de su casa por los apologistas. La labor de éstos consistía en purificar la doctrina, mejor dicho, en librarla del lastre griego y del lastre judío; pero ellos provocaron los cismas aun entre los cristianos. Tanto quisieron legislar en religión, que acabaron por echar de sí á los elementos pensadores, estimándolos herejes, quedándose con los secuaces de la religión y de la fe, y ni aun así pudieron prescindir de la inmortalidad del alma y de la resurrección de la carne, idea que se pierde en el

origen del pensamiento humano y que los griegos tanto cultivaron, singularmente el bando espiritualista, á cuya cabeza ha de colocarse á Platón y á Pitágoras.

*
* *

Estamos ante las puertas de la Edad Media, en la cual se funden la filosofía y la religión en mal de muchas generaciones, de la presente inclusive. Las modernas religiones acaban con la razón individual, tan hermosamente asistida en Grecia. El mal no es de los católicos únicamente; lo es, además, de los mahometanos y de los judíos. Todos hacen de la filosofía una religión, un dogma, cerrando de este modo el campo á las investigaciones filosóficas. No hay más razón que Dios, que su Dios; así pensaron judíos, católicos y mahometanos. En Grecia jamás hubo lucha religiosa, porque no hubo dogma. Los pensadores propagaban lo que les daba la gana, y nunca hicieron de sus pensamientos cuestión de gabinete. Desde el momento que se quiso encerrar la filosofía en los estrechos límites de la teología, vino la bárbara lucha religiosa que tan cara había de costar á las humanidades. He ahí el fruto del escolasticismo, es decir, todo pensamiento por y para Dios.

Hasta ayer la idea tomaba de cada pensador sus cualidades particulares; es más, la idea se asimilaba al filósofo, no el filósofo á la idea. Así tuvimos tantos sistemas filosóficos cuantos fueron los pensadores. De esta suerte vivieron las doctrinas, se engrandecieron los pensamientos. En adelante la verdad ha de ser una para cada pueblo, para cada religión. Antes no había colectividades que impusieran criterios; jamás se pensó alimentar con la fuerza á la filosofía. Para ello fué preciso el advenimiento de la razón colectiva, crear doctrinas de Estado, de poder, de colectividad. Estos son los efectos de constituir dogmas.

Vimos la formación del cristianismo, á partir de Platón; después asistimos á la formación del dogma, á partir de Séneca. Cuando el cristianismo hizo su aparición como doctrina definida, cuando los cristianos eran víctimas de crueles persecuciones, nacía el germen de nuevas injusticias y nuevos tormentos. ¡Bien se vengaron los escolásticos de la sangre derramada por los primeros cristianos!

En la antigua Grecia, una cosa era la religión y otra la filosofía. Platón empezó á legislar sobre la adoración de los dioses. Moisés, el legislador y dogmático por excelencia, dió á la posteridad los rudimentos de un credo cerrado, á cuya constitución contribuyeron todos los pensadores espiritualistas, y que los llamados Santos Padres llevaron al Estado. El resultado no pudo sorprender á nadie. El espiritualismo es dogmático por esencia. Lo que no puede explicarse racionalmente, positivamente, ha de encerrarse en la fe y de defenderse con la fuerza. La fuerza reinó sobre los espíritus. Pero ¡cuán poderoso es el pensamiento humano! á pesar de la mole enorme que le había caído encima, en forma de escolasticismo se emancipa al fin: el espíritu de Aristóteles, que es el de la filosofía, mina las bases del escolasticismo y lo derrumba.

No nos precipitemos. Nos falta decir algo de los llamados Santos Padres, y ellos nos llevarán á España.

*
* *

Más filósofos que los apologistas los Santos Padres, procuran armonizar la religión con la filosofía, en lugar de condenarla y proscribirla. A la manera de nuestros modernos católicos, que intentan justificar con la ciencia los dogmas de la religión, procuró San Panteno, fundador de la escuela, y muy especialmente San Clemente, su discípulo y sucesor, hacer del neoplatonismo, es decir, de la degeneración del platonismo en

sentido místico y dogmático, una justificación del cristianismo. Esta escuela, llamada catequista, floreció cuando los apologistas acentuaron su oposición á la filosofía, y fué como una reacción en favor de ésta. San Clemente decía que los filósofos fueron los profetas del paganismo, quienes, junto con los profetas hebreos, prepararon el reinado de Cristo. Estas ideas concuerdan perfectamente con las que tenemos expuestas nosotros respecto la generación cristiana. La diferencia consiste en que San Clemente atribuye al cristianismo un origen divino en su empeño de armonizar la filosofía con la religión, la revelación con el pensamiento humano. Los apologistas podían ser más fanáticos, pero eran más lógicos. Si se admite la humanidad de la religión cristiana, ¿dónde fundar su divinidad? Y si se admite la divinidad del cristianismo, ¿qué necesidad tiene del pensamiento humano? Los apologistas no admitieron más ideas que las que encontraron escritas por los profetas que hablaron con Dios y que las que ellos escribieron, poseídos también de beatífica santidad, en cuyo estado, sin duda alguna, está escrito el Nuevo Testamento y la pasión y muerte de Jesucristo, que tuvieron el buen acuerdo de atribuir á los discípulos de Jesús para ganar más fácilmente la voluntad de los pueblos. El ratiocinio de los apologistas era franco y lógico, aunque no era cierto; el de los Santos Padres era convencional y astuto, sin dejar de ser inexacto. Aquéllos no transigían con nada de lo humano, y por eso cerraron el cristianismo á la filosofía, declarándola hereje, precisamente porque era humana. Estos, queriendo detener los cismas, no hicieron más que alimentarlos, porque la filosofía tuvo ocasión de mermar el prestigio divino desde el momento que se le llamaba á partido.

En honor á la verdad, debemos decir que los Santos Padres fueron parcos en eso de admitir como beligerantes á los filósofos, pues no se dió patente de tal más que á los neoplatónicos, esto es, á la obra de Soción, Filón, Séneca, Plotino y Prolo, cuyas doctrinas eran más religiosas que filosóficas, pues de ellas ya hemos dicho que llevaban el germen del cristianismo unas, del dogma otras y todas del misticismo.

No se salvó por esto la lucha entre los mismos filósofos cristianos, pues los más íntegros y poderosos, intelectualmente hablando, merecieron la persecución y hasta el tormento de los que á falta de ideas usaron el palo. Dígalo si no el gran Orígenes, discípulo y sucesor de San Clemente, nacido en 185, y que como éste fué víctima de la persecución de los césares y de los cristianos, entre los cuales se distinguió el obispo Demetrio, quien le excomulgó y le condenó á destierro después de haberle dado, á los veinte años, la dirección de la cátedra de San Panteno.

Orígenes, que era un verdadero filósofo y por esto mereció el desprecio de los magnates, el abandono de los amigos y la persecución de todo el mundo, basó la parte moral de su doctrina en la de los estoicos, pues su carácter excesivamente severo era á propósito para el sufrimiento. Como todos los neoplatónicos de origen judío ó educados en Africa, donde en la época que relatamos reinaba el espíritu del Viejo Testamento, aun entre los cristianos más ortodoxos, tomó el estoicismo por el lado místico, desatendiendo aquel consejo del maestro, vivid conforme la naturaleza, la cual parecía demasiado espléndida y hermosa á los caracteres desequilibrados por la penitencia y el abandono.

FEDERICO URALES.

(Continuará este capítulo.)

CAPCIOSIDADES

II

En nuestro anterior trabajo hemos tenido ocasión de enterarnos de algunas de las más absurdas suposiciones hechas para seducir y despistar á cuantos sufren y trabajan, por las *doctas honorabilidades* de la Economía política.

Dicen dichos señores honorables que los obreros son libres porque disponen de una *propiedad más tangible, respetada y exonerada* que lo es la propiedad propiamente dicha, cuya es la *fuerza del trabajo*, fuerza de que, á decir de tan doctos economistas, *pueden disponer los obreros según quieran y cambiar por lo que se les antoje*.

La afirmación trasciende á sofisma por los *cuatro costados*, es totalmente falsa y de una capciosidad despampanante, pues aun admitiendo como buena, por su esencialidad ambigua, una parte de lo tan sofisticamente afirmado, aun suponiendo que el obrero fuera, con efecto, más positiva y privativamente *dueño* de su propiedad potencial, de su fuerza física, que en realidad lo es el propietario capitalista, de su propiedad tangible y apreciablemente capitalizada, todavía resultará incuestionable y evidéntísima la injusta anomalía de que el propietario de las cosas *tangibles*, el poseedor afortunado de los bienes liquidables, es doblemente propietario, ya que á la vez posee su núcleo *individuo natural* de fuerzas y propiedades físicas, traducible en trabajo, y la propiedad de las riquezas, por el despojo del trabajo ajeno acumuladas.

Esta dualidad de posesión está poco conforme con la equidad en que debieran informarse todos los actos de la vida social de los hombres. Resulta incongruente y perturbadora, ya que con su acción avasalladora se opone al libre desarrollo de la riqueza individual de la numerosa mayoría de los hombres.

Quiere el capital acumulado aumentarse y preponderar á expensas de la fuerza del trabajo, y para esto inventa el *salario*, acuña la moneda, establece el crédito y promueve esos imponderables flujos y reflujos (*el alza y baja*), que todo lo alborotan, embravecen y perturban en el revuelto mar de *la oferta y la demanda*.

Olvidando su origen, el capital procura á todo trance esclavizar á su propio engendrador, á su progenitor angustiosísimo, el trabajo, asegurando con punible cinismo ser su providencia.

El efecto intenta campear sobre la causa; quiere el capital, que es una emanación del trabajo, ejercer soberanía omnímoda sobre sus propios engendrados los obreros, y esto, está claro, equivale al gran absurdo de pretender comprar un caballo con los pelos arrancados subrepticamente de su propia cola.

El error es craso, palmaria resulta la injusticia; pero á pesar de todo, no se logrará fácilmente persuadir al mundo.

Los infalibles, los que todo lo definen y arreglan á su particular antojo y sabia conveniencia, han sentado como verdad inconcusa el principio, singularísimo y estupidamente extraño, de que los obreros están ya totalmente emancipados, porque son propietarios absolutos de la fuerza del trabajo, que es una propiedad, según *ellos*, tan productiva como cualquiera otra, y porque poseen además el derecho, legalmente reconocido, de poder hacer de los gérmenes de riqueza en todo ser latentes, el uso que mejor les acomode, y preciso nos será á nosotros entrar en el examen circunstanciado de *verdades tan disparatadas*, poniendo de manifiesto la esencialísima diferencia que existe entre una riqueza que es explotada por agentes extraños á su poseedor, y

la riqueza que posee el propietario de un capital, con el cual se ejerce la explotación de toda riqueza iniciaria y fuerza de trabajo.

La propiedad propiamente dicha, en virtud de la ley de reproducción del capital á expensas del trabajo, proporciona á sus poseedores grandes y positivos beneficios sin tener que trabajar; es una propiedad que, por defectos de la iliosincrasia social, ha adquirido la virtud mágica de reproducirse y aumentarse hasta lo infinito; es la propiedad *immortal*, transferible, liquidable y heredable, la que produce todo esplendor y satisface holgadamente todas las necesidades, faustos, ambiciones y caprichos de sus bienhadados poseedores...

Ahora bien: dentro del régimen actual, ¿reune las mismas excelentes condiciones de disfrute y libertad que esa propiedad, tan pródiga en bonificaciones, proporcionadora de tan inefables venturas, la propiedad anfibológica de las fuerzas del trabajo? ¿Puede esta propiedad ideal transfigurarse, capitalizarse y liquidarse en conjunto, como le es dado hacerlo con la *suya* al dichosísimo propietario de un tesoro ó de una finca? ¿Puede, en fin, el esquilmado propietario de la fuerza del trabajo, aumentar, perpetuar y transferir su propiedad en potencia, sin realizar esfuerzo individual alguno, como lo hace, en la inmensa mayoría de las ocasiones, el poseedor de la propiedad-capital?

Claro está que no. El obrero no puede en un día liquidar las fuerzas físicas de toda su vida; ni aun *vendiéndolas* con regularidad diaria, encontrará quien le ofrezca por ellas lo mismo hoy que mañana, y llegado que haya á la edad proveya, á la vejez, su capital de fuerzas, su torrente natural de energías aplicables al fomento de la producción, se irá gradualmente agotando hasta extinguirse, pues sabido es que no tienen los agotados músculos del obrero envejecido la misma potencia y vigor que los robustos del joven.

Un trabajo excesivo y mal remunerado, una vida de miserias y privaciones, la constante carencia de todo lo que recrea, eleva y vigoriza, hacen caer al obrero prematuramente en los desastrosos languidecimientos de la esterilidad; y cuando tal le sucede, no pudiendo, claro está, hacer uso conveniente de sus propiedades agotadas, seco el cerebro y entumecidos los miembros, no siéndole ya posible producir los raudales de fuerza transformable en productos que antes produjera, el esclavizado *capitalista* de las grandes y vitalísimas energías, el *propietario* harapos y miserable de las fuerzas del trabajo, va consumiéndose poco á poco, paulatina é insensiblemente, en los crueles famelismos de la horrible bancarrota de su propio ser.

El sello característico de la *propiedad moderna*, en el determinismo económico, es su condición de capitalizarse y poder ser reproducida eternamente por agentes extraños. La fuerza del trabajo no reúne estas condiciones esenciales á la propiedad; luego los brazos y la inteligencia del obrero no son un *capital*, puesto que no se reproducen hasta lo infinito, y sí tienen un límite determinado en su propio é indubitable agotamiento, aun antes de que la existencia del hombre se extinga.

Se nos dirá, seguramente, que al igual que sucede con el capital, los brazos y el cerebro del obrero son un factor de cambio perfectamente cotizable, que produce y devenga beneficios positivos á cuantos le ponen á contribución, y que, por lo tanto, no resultan tan desheredados los proletarios como nosotros queremos suponer; pero nosotros replicaremos á tan habilidosas observaciones, demostrando de un modo concluyente que esos beneficios representados por el diario jornal que el obrero *percibe cuando trabaja*, no pueden ser sumados al *capital-trabajo*, que reside en los músculos

del obrero, sino la remuneración otorgada al *capital-trabajo gastado*, capital-trabajo que el obrero no recupera ya una vez consumido, pues aunque merced al salario—siempre exiguo y despojador—que cotidianamente recibe, si *cotidianamente trabaja*, puede el obrero reponer, con notoria insuficiencia, los quebrantos sufridos en su economía natural, estos ingresos jamás aumentan ni en un solo ápice el torrente de su capital de energía; cuando más, disponen al obrero para que al día siguiente, y siempre en disminuyendo potencial, pueda volver con nuevos bríos á dejar los jugos de su existencia, las lozanías y extractos de su propia vida, en las glebas esquilmadoras de la explotación capitalista.

El obrero no es, no puede ser, no será libre mientras esté sujeto á vender sus esfuerzos de trabajo á la explotación para poder vivir. Su vida en tales condiciones será una anomalía bestial, plantel de todas las injusticias y brutalismos imaginables.

La cadena del salario, con sus dorados eslabones de libertad política é igualdad ante la ley, es, sin duda alguna, la última manifestación de la esclavitud del hombre por el hombre.

Hemos probado, comprobado y rebatido todo cuanto nos proponíamos probar, comprobar y rebatir; hemos visto que la libertad ficticia de poder trabajar ó no, según nos plazca y en la forma que se nos antoje, aun no siendo ilusoria, como desde luego lo es, dado el régimen de desheredación en que vivimos, no tendría en sí la bastante virtualidad para asegurar la absoluta libertad de los productores; hemos rebatido, con más ó menos fortuna, la afirmación capciosa, sentada por los señores economistas, al asegurar que el trabajo es una *propiedad*, probando y comprobando que lo que en realidad significa *es trabajo*, es decir, el principio de toda dicha, el productor único é insustituible de toda mercancía y propiedad, el generador y promovedor de toda riqueza, satisfacción y bien social, y después de probado, comprobado y rebatido todo esto, sólo diremos, para concluir, que todos los espejismos y ficciones, capciosidades y sofismas con que las *doctas excelencias* de la Economía política intentan en vano demostrar la inmovilidad, bondad suprema y omnipotencia saludable del régimen imperante, ante la vigorosa lógica é insuperado valor justiciero de nuestras doctrinas emancipadoras, desvanécese cual se desvanecen y disipan, dejando el horizonte despejado, las leves neblinas estivales á impulsos de recio vendaval.

Son verdaderamente portentosos los fenómenos de la *impura realidad*.

DONATO LUBEN.



CIENCIA Y ARTE

LA HERENCIA PSICOLÓGICA

LA HERENCIA DE LAS FACULTADES PERCEPTIVAS

La percepción es un hecho de naturaleza mixta, á la vez fisiológica y mental: comienza en los órganos y termina en la conciencia. Aunque la opinión común considera nuestras sensaciones como fenómenos simples, irreductibles, últimos, que nos

hacen conocer el mundo material tal como es, no hay nada más dudoso. Apoyándose en los descubrimientos de la física y de la fisiología, los psicólogos contemporáneos han hecho ver que los colores, los sonidos, la temperatura, las formas, en una palabra, la mayor parte de las cualidades del mundo exterior, si no todas, no se parecen de ningún modo á las ideas que de ellas se forja el vulgo; que la percepción es un estado de conciencia que *corresponde*, en nosotros, á realidades de fuera de nosotros, pero que no se *parece* á ellas; de modo que esta totalidad de atributos que llamamos el mundo exterior y que, por una ilusión universal creemos percibir tal como es en realidad, es para una gran parte la obra de nuestro espíritu, una creación, de la cual el mundo externo no da más que los materiales brutos y que nuestros sentidos elaboran y perfeccionan á su manera.

Aunque para nosotros no haya ninguna duda posible entre esta manera de concebir el acto de la percepción y la opinión del sentido común, haremos observar que, en lo que se refiere á la herencia, la cuestión no tiene interés. Que el mundo material se perciba inmediatamente como es, ó de otro modo, como no es, por una síntesis de la conciencia, no importa aquí. El único problema que hay que resolver es éste: las facultades perceptivas, los modos de actividad sensorial del ser, ¿están sometidos á la herencia?

Notemos primeramente que en todo lo que se refiere á las formas específicas de la facultad de percibir, la respuesta no es dudosa. Recorred la escala animal, desde los organismos ínfimos que sólo tienen un tacto pasivo y obtuso, hasta los animales mejor dotados en cuanto á los sentidos; la observación muestra en seguida que cada animal recibe de sus padres un cierto número y una cierta naturaleza de sentidos. La herencia rige la cantidad como la cualidad de las facultades perceptivas, en lo que toca á los caracteres generales que llamamos específicos.

La herencia rige igualmente á todo lo que se refiere á la raza ó á la variedad. Así, el perro no hereda sólo un olfato muy fino, sino una variedad del olfato que le hace propio para una caza determinada. En el negro, la finura del mismo sentido caracteriza esta variedad de la especie humana.

La duda no puede, pues, alcanzar sino á las diferencias *individuales*, y así la cuestión propuesta al principio se transforma en ésta. La herencia que rige la transmisión de las facultades perceptivas, en lo que tienen de esencial y de fundamental, ¿rige también la transmisión de los caracteres secundarios propios de los individuos? Los hechos van á responder. Vamos á ver que la herencia se verifica con toda frecuencia, aun para lo que es individual, anormal, raro. Pasaremos revista sucesivamente á los cinco sentidos admitidos por todo el mundo. En cuanto á la sensibilidad general, es decir, á ese sentido interno, sin órgano especial, difundido por todo el cuerpo, y que es como un tacto interior por el cual sentimos lo que se verifica en nosotros, como toca de muy cerca á nuestros placeres, nuestros dolores, nuestros instintos, nuestras pasiones, hablaremos de él más adelante al tratar de los sentimientos y de su herencia.

I

DEL TACTO

El tacto es el sentido general, primitivo, de que no está desprovisto ningún animal que siente. Los demás sentidos no son más que una modificación de éste, decía un antiguo. La fisiología moderna ha mostrado cómo, por evolución y especialización, los otros sentidos, vista, oído, olfato, gusto, han podido provenir del tacto; cómo el tacto

es una lengua general, á la cual han debido traducirse para ser comprendidos los otros sentidos que son lenguas especiales. En este sentido fundamental, á la vez el más esencial y el más burdo, se distinguen las sensaciones táctiles propiamente dichas (duro, blando, elástico, etc.), y las sensaciones de temperatura (caliente y frío).

También se comprenden bajo esta denominación los diversos estados de la sensibilidad muscular, así como los placeres y los dolores que resultan de toda especie de contacto.

Hablando con propiedad, el sentido del tacto es una entidad psicológica; es un término colectivo, mediante el cual se designan grupos de fenómenos muy diferentes, hasta independientes los unos de los otros, pues la enfermedad puede abolir cada uno de ellos aisladamente. La obra de la psicología fisiológica será sacar á plena luz esta verdad. Entre tanto, aceptemos la palabra tacto en su acepción corriente. Vamos á ver que este sentido, bajo todas sus formas, está sometido á la ley de herencia.

Primeramente el órgano táctil por excelencia, la mano, se modifica por la transmisión hereditaria. «Es una opinión establecida que los hombres y las mujeres cuyos antepasados han llevado una vida laboriosa, tienen las manos grandes, y que, por el contrario, aquellos cuyos antepasados no se han habituado al trabajo manual durante varias generaciones, tienen generalmente la mano pequeña» (1). Las investigaciones de Walker han mostrado que en Inglaterra las manos de los obreros son desde su nacimiento más fuertes que las de las clases acomodadas.

Lo mismo ocurre con los zurdos; hay familias en que el uso especial de la mano izquierda es hereditario. Girou de Buzareingues ha conocido una en la que el padre, los hijos y la mayor parte de los nietos eran zurdos. Uno de ellos lo fué desde la cuna, á pesar del cuidado que se había tenido de fajarle la mano izquierda.

Se ha hecho observar la extraordinaria diferencia que existe entre la sensibilidad táctil de los pueblos del Mediodía y la de las razas del Norte. En los primeros es exquisita y refinada; en las segundas obtusa, por lo menos imperfecta. El lapón, que bebe aceite de tabaco para calmar un cólico, no tiene ciertamente la piel más irritable. Así, como dice Montesquieu: «hay que descortezar al hombre para hacerlo sentir».

Se observa, dice P. Lucas, que los padres transmiten á sus hijos las perfecciones y las imperfecciones más singulares del tacto. La piel no tiene modos de hiperestesia ó de anestesia que parece que debían constituir una excepción á esta regla. «Una mujer cuya sensibilidad táctil es de una exaltación que transforma en suplicio la más pequeña herida, se ha casado con un hombre dotado en el más alto grado de la cualidad contraria. En él, la inteligencia no carece de actividad; pero el corazón y la piel son impasibles. Han tenido una hija, tan dura al dolor externo como puede serlo su padre. La hemos visto soportar, sin quejarse y sin parecer siquiera apercibirse de ello, dolores que hubiesen sido para nosotros muy sensibles» (2).

Uno de los modos más conocidos de la hiperestesia del tacto es la sensibilidad á las cosquillas. Familias casi enteras son insensibles á ellas; otras se muestran, al menor roce, sensibles hasta el síncope.

Se sabe que hay personas que no pueden soportar el simple contacto y aun la proximidad de objetos como la seda, el corcho. Esta sensibilidad enfermiza proviene fre-

(1) Herbert Spencer, *Principles of Biology*, pár. 32 -- Darwin, *De la descendencia, etc.* tomo I, pág. 125.

(2) Lucas, I, 481.

cuentemente del padre ó de la madre. «Sabemos de una familia en que muchos de sus miembros, lo mismo niñas que niños, experimentan instintivamente, al tocar el corcho ó el aterciopelado de los melocotones, una sensación tal de estrechimiento interno y de horripilación, que sólo la vista de estas frutas les es insoportable; hay que servírselas despojadas de cáscara» (1).

Por lo que toca al sentido de la temperatura, se encuentran también ejemplos de transmisión hereditaria. Una familia del Mediodía, dice P. Lucas, habita desde hace mucho tiempo en París. Muchos hijos han nacido en esta ciudad. Pero los que han nacido en ella, lo mismo que los que sólo han sido transportados, son en su primera infancia muy sensibles á la impresión del frío. Una de las hijas se ha casado con un individuo originario del Norte é insensible al frío cuando no es extraordinario. El niño que ha nacido de esta unión es quizá todavía más friolero que su madre; se estremece como ella al menor descenso de temperatura, y teme la impresión del aire en cuanto es un poco vivo, hasta el punto de que tiene miedo de salir (2).

Recordemos de paso ciertas anomalías hereditarias, como la polidactilia, la membrana verrugosa de Eduardo Lambert, de que ya se ha hablado, que se refieren más bien al lado fisiológico.

CH. RIBOT.

MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS

(DE TODO EL MUNDO)

EL TEATRO INGLÉS.

¿Cómo es posible que no aliente aún el genio del arte dramático en la patria de Shakespeare?

Nos lo dice, muy razonadamente por cierto, Agustín Filón.

El público puede allí considerarse dividido en tres clases: 1.^a, la del vulgo sensual y grosero, que reduce su preferencia á los melodramas lacrimosos ó á las farsas burdas; 2.^a, la de los puritanos, que ven un enemigo en el verdadero drama íntimo y social; 3.^a, la de los intelectuales, que manifiestan un desdén olímpico por cuanto se relaciona con el arte escénico, y dicen, creyendo que la frase los enaltece: «No queremos ver las obras de Shakespeare representadas; preferimos leerlas tranquilamente.»

Después de haberse mantenido mucho tiempo casi exclusivamente á expensas de los autores franceses de melodramas y *vaudevilles* (Dumas hijo y Augier no entraban en juego), pareció que renacía en Inglaterra el espíritu de un teatro propio, elevado y original, con los nombres de Archer, Pinero, Jones y Grundy.

Archer, que había seguido los pasos de los grandes dramaturgos franceses, cuando apareció el drama noruego en la Europa occidental fué uno de los primeros que tradujo y comentó á Ibsen.

Las obras más notables del famoso escritor fueron representadas repetidas veces ante un público ferviente, pero escaso. La muchedumbre siguió sin comprender ni admirar á Ibsen, que influía poderosamente con sus ideas en las más cultas intelligen-

(1) Lucas, *ibid.*

(2) Lucas, *ibid.*

cias. A consecuencia de las afinidades que existen entre las dos razas, los ingleses deben comprender á Ibsen con más facilidad que nosotros. Además, esa mezcla de simbolismo y realismo que nos desconcierta, debe satisfacer la imaginación británica. Por eso fecundó aquella semilla y pudo creerse en el renacimiento del teatro inglés.

Grundy, que se había dado á conocer con adaptaciones ingeniosas concienzudamente preparadas, presentó varias obras originales, en las cuales tenía mucha importancia la sátira social. Especialmente ponía en juego periodistas y devotos; los traficantes de la publicidad y de la virtud. Su moral—que no es, entre sus compatriotas, del gusto de todos—concede al amor sincero toda su grandeza, se revuelve contra el sufrimiento inútil y ataca la injusticia y el engaño.

Jones pasó de los melodramas á las obras de tesis, y á fuerza de burlarse de los puritanos, descubrió que no todos eran hipócritas, presentando en uno de sus personajes el verdadero entusiasmo religioso en lucha con las sugerencias del amor humano, y ofreciendo en una comedia de costumbres el problema del adulterio, hasta entonces apenas tratado por los dramaturgos ingleses.

Pinero, que había sido actor, después de haber escrito bastantes obras cómicas, graciosísimas algunas, emprendió una brillante campaña, dando una serie de obras que podrían llamarse «novelas escénicas», porque abundan más en recursos de observación y análisis, que en atenciones de óptica teatral.

Era ya lógico suponer que despertaba el genio de la dramaturgia inglesa, y así lo anunció el notable crítico, autor del estudio que nos guía en estos apuntes; pero Jones hizo notar pronto, con ironía triste, «que el resucitado había vuelto á tumbarse»; le habían herido mortalmente la mala fe de muchos críticos, el egoísmo comercial de los empresarios y la indiferencia del público, el cual necesitaba las brutales emociones del melodrama, las absurdas complicaciones del *vaudeville*, ó las canciones patrióticas y las exhibiciones escandalosas del café cantante.

Los grandes éxitos de los últimos años los realizaron héroes quiméricos, ganando la simpatía con aventuras inverosímiles y agitándose sobre un fondo de caricaturas divertidas. Siempre la misma exageración cómica ó sentimental. El *Teatro Independiente*, que debía servir de estímulo á los jóvenes y darlos á luz—como el *Teatro Libre* en Francia—desapareció por carecer de abono, sin realizar sus propósitos. Los autores nuevos llaman de vez en cuando á las puertas de los teatros, donde nunca son atendidos, mientras hallan fácil entrada los más débiles, que se amoldan á todo y trabajan «á la medida».

Casi todos los teatros londinenses están acaparados por actores directores, que juzgan las obras dramáticas desde el punto de su interés personal. Pase, cuando esos actores se llaman Irving ó Alexander; pero en la mayoría lucen, más que su talento, sus vanidades. Cuando un acertado negocio les permite disponer de un teatro, usan y abusan de su posición para imponerse al público, el cual se deja deslumbrar muchas veces. El único dolor de los tales caballeros consiste en no poder representar á la vez el protagonista, el barba, el gracioso y el galán joven, ó mejor aún, hacer, en lugar de dramas, monólogos con algunos comparsas... pintados en el telón de fondo. ¿Qué méritos pueden reunir las obras encargadas por esos hombres, retocadas mil veces á su capricho y, finalmente, aceptadas cuando «les sientan bien»?

*
* *

MATRIMONIO, ADULTERIO Y DIVORCIO.

Desde que hubo matrimonio hubo adulterio, y las víctimas de la ley suspiraron por el divorcio; establecido éste al fin, sigue preocupando la manera de plantear la separación de dos almas que no se compenetran y de dos cuerpos que se rechazan. El problema no se ha resuelto, porque los legisladores hacen del divorcio un *incidente* del matrimonio, y el divorcio es la *negación* del matrimonio. Sólo aparecerá humano y justo, cuando entre victorioso en la ley con todos sus fueros. Y entonces, ¿qué significará el matrimonio?

Ningún asunto social ha ofrecido mayor contingente literario. Y apenas hay cuestiones que á todos interesan, que á todos obligan y que á todos incumbe analizar y discutir! Sin embargo, la cuestión dominante en la literatura fué y continúa siendo el matrimonio.

Desde Calderón, que suponía *inevitable* asesinar á la adúltera, hasta Molière que se reía del marido burlado; desde Sellés y Echegaray que llevan á sangre y fuego toda complicación amorosa, hasta Labiche, que se pregunta en el título de una de sus comedias *¿Cuál es el más dichoso de los tres?* y, burla burlando prueba, que la mayor dicha es... del marido, todos los autores de raza latina padecieron la obsesión de las palabras matrimonio, adulterio, divorcio.

Las razas del Norte, sintiendo mejor la naturaleza, se preocupan más del amor que del *pecado amoroso*. Los meridionales obscurecen con su orgullo su sensibilidad. «¡Te quiero!» dice un gigante de la selva con dulzura infantil. «¡Mía!» exclama el caballero presuntuoso, más confiado en su espada que en su corazón. Y surgen conflictos, porque la *propiedad* absoluta de las almas no ha podido aún repartirse como la de la tierra.

Los escritores franceses piden, con justicia, que se reforme la ley de divorcio. El divorcio actual es infamante para uno de los cónyuges, por lo menos, y escandaloso para todo el mundo. Hay que *probar* que se hallan los que pretenden separarse en condiciones legales para conseguirlo; y desfilan ante el juez los testigos, los abogados, todas las inmundicias de la vida marital, á veces inventadas monstruosamente, porque los hechos reales no son bastante poderosos ante la ley. De manera que no siendo una tragedia espantosa, el divorcio es una farsa ridícula.

Resultando curiosas las observaciones de novelistas y sociólogos acerca de tan interesante cuestión, copiaremos algunas para satisfacer la natural curiosidad de nuestros lectores.

Maïson-Forestier, opina que siendo el matrimonio una *sociedad* constituida por dos personas, debían aplicársele las leyes que rigen para otra clase de asociados, evitando, entre otras, las contradicciones siguientes: 1.^a Uno de los esposos se obliga á llevar al matrimonio una cantidad, bienes, etc., con que el otro esposo cuenta para plantear ó desarrollar intereses viejos ó nuevos. La falta del cumplimiento del primero, no sólo priva al segundo de lo que se prometía disfrutar, sino que á veces puede hasta privarle de otras ventajas que disfrutaba y que por atender á la nueva situación quedan comprometidas. ¿El perjudicado puede deshacer la sociedad, pedir el divorcio? No. 2.^a Uno de los esposos es inepto para los fines primordiales del matrimonio: tener hijos ¿El otro puede separarse por eso, romper la sociedad? No. 3.^a Uno tiene un carácter insoportable, á su lado la vida es un infierno; ¿puede el otro abandonarlo? No. 4.^a Uno de los cónyuges, sin negarse á realizar el acto conyugal, pone los medios para evitar la fecundación; ¿puede el otro pedir justicia contra esta infamia? No. 5.^a ¡Lo

más monstruosos! Dos cónyuges viven en paz veinte años, el uno lo sacrifica todo á las dichas del otro; pero en un instante de perturbación, una vez sola, injuria y alza la mano; ¿puede el que disfrutó de tan largos beneficios pedir la separación? ¡Sí!

El matrimonio, pues, desde el punto de vista de su disolución anticipada, está sometido á un régimen extraño, ilógico, inmoral y no goza del derecho común. Siendo una asociación, deberían aplicársele idénticas leyes que á todas las asociaciones, en caso de disolución, es decir, que por voluntad expresa de ambos asociados pudiera disolverse siempre, y sólo con fallo del juez cuando uno de ellos se negare á la separación.

Berenguer dice que no, pudiendo el hombre venderse como esclavo, no tiene derecho tampoco á esclavizarse para toda la vida en el matrimonio y en el claustro. El matrimonio debe perder el aspecto de un sacrificio humano hecho al Moloc de la Biblia; debe ser la asociación revocable de dos voluntades libres; un contrato entre individuos libres y responsables. Hoy por hoy, un hombre y una mujer no pueden divorciarse más que por odios, injurias y torpezas. La cortesía, el perdón, la delicadeza, imposibilitan el divorcio ante el juez. La basura de las infamias conyugales puede solamente ofrecer la libertad.

Marcelo Prevort opina que el divorcio impuesto por la voluntad libre de ambos cónyuges, parece razonable á todo el mundo, y se puede implantar fácilmente. Menos partidarios tiene el divorcio impuesto por la voluntad de uno solo de los cónyuges, y, sin embargo, repugna pensar que un ser humano pueda imponerse á otro ser humano que le aborrece, y que los deseos de uno se cump'lan contrariando las voluntades del otro. Solamente que, desde el momento en que se admita el divorcio por voluntad libre de uno solo de los esposos, quedará destruido el matrimonio.

El magistrado Magnaud, fallando un caso de divorcio solicitado por ambos cónyuges, dice: «Atendiendo á que los tribunales deben recibir y juzgar con la mayor prudencia y circunspección las instancias de divorcio: atendiendo á la dificultad de comprobar los hechos denunciados, siendo de tal índole que su divulgación es un atentado á la moral pública, una vergüenza para los esposos y una infamia para los hijos: atendiendo las dificultades que surgirían para comprobar hechos de tal índole, y atendiendo á que las dos partes están de acuerdo en pedir que el lazo matrimonial que los unía se desate: atendiendo á que aun cuando el divorcio por consentimiento mutuo no está en la letra de las leyes, el tribunal debe tomar en cuenta las voluntades de dos seres, por su desdicha y á su pesar perpetuamente ligados uno á otro: por todos esos motivos juzgo que procede sancionar el divorcio entre los dos esposos, etc., etc.»

Julio Renard escribe muy graciosamente: Soy casado, padre de familia, dichoso por casualidad (¡y por qué casualidad! me horroriza pensarlo); creo convenientes la unión y la separación libres. No sentimos la existencia de una ley hasta que nos contraría; por este motivo, no puedo asegurar que la ley del divorcio esté mal hecha, pero estoy seguro de que si me viese condenado á vivir lo que me queda de vida (treinta años probablemente) bajo el mismo techo, con una señora antipática, aun cuando fuera un cúmulo de virtudes, ninguna ley me impediría escapar mañana mismo á primera hora. El fin del mundo no está muy lejos.

Los hermanos Rosny apuntan: La ley, inhábil para conseguir la unión de dos corazones, abusa de su autoridad, exigiendo que uno de los esposos se sacrifique por el otro que no desea divorciarse. Este es un caso de esclavitud, convirtiéndose la mujer ó el hombre en objetos adquiridos en propiedad, en vez de vivir como seres que se gozan libremente. Siendo tan odioso que uno de los cónyuges sujete al otro entre los

lazos matrimoniales, contra su voluntad, no se concibe que la ley se haga cómplice de semejante ignominia.

* * *

LA MUERTE DE LOS DIOS. Ayer fué un polaco y hoy es un ruso. *¿Quo vad's?* nos ha traído la novela de *Juliano el Apóstata*, y Dmitry Merejowski amenaza ya eclipsar la gloria, universalmente reconocida en pocos meses, de Sienkiewicz. Lo mismo da. El público se habrá entretenido y entusiasmado, desorientándose más aún de lo que lo estaba, y los editores habrán realizado un bonito negocio.

La muerte de los dioses ofrece una lectura interesante, á pesar de las disquisiciones filosóficas y las disputas religiosas inherentes al asunto que desarrolla. Un embrión de sentimentalismo entre Juliano y la encantadora Arsinoé, joven patricia que divaga, en alas de su imaginación ambiciosa y mística, entre Júpiter y Jesús, no basta para distraer la atención del verdadero drama: el conflicto supremo entre los amantes de la belleza pagana y los fanáticos de la fe nueva, nacida en el dolor, en el desprecio, en el suplicio, y cuyo símbolo es la cruz. Después de una juventud repartida entre el estudio, el miedo y la hipocresía, Juliano, llegado al imperio, representa en aquella lucha á los aristócratas y á los intelectuales de su tiempo; tampoco faltan los sabios, los elocuentes, los ergotistas, armados con textos de doble filo y razones agudas, ni las almas convencidas, ingenuas y sinceras, para las cuales *creer* es una necesidad y un goce; pero la doctrina de los galileos es, ante todo, la preferida por los humildes, por los pobres; la doctrina del artesano y del esclavo que, á pesar de los esfuerzos del descendiente de Constantino, lo arrollará todo, vencerá todos los obstáculos, porque la ola popular y democrática empuja. Tal es la impresión que producen los diferentes cuadros, poco unidos unos á otros, que componen la obra.

Revivir lo que ha muerto, volver los ojos al pasado; esa parece la mayor ambición de un público adormecido en ensueños literarios. Mucha enseñanza se desprende de *lo que fué*, pero es necesario pensar mucho *lo que será*. ¡Tal vez el porvenir aparezca de pronto sobre los mundos muertos! Lo triste, lo doloroso, es que la curiosidad, el ansia de resurrecciones, acusa más agotamientos que energías. Acaso los hombres descreídos y desengañados mil veces, miran hacia detrás, porque sus débiles ojos resisten mejor los fuegos fatuos y tenues del cementerio, que la poderosa luz del sol donde arden el porvenir y la vida.

ARMANDO GUERRA.

LOS MALOS PASTORES

DRAMA EN CINCO ACTOS

(Continuación.)

Juan. (Irónico)... ¿Pero es cierto que me burlo de usted? (Señalando el cuarto de la enferma). Aquí, en esta casa, en el umbral de una puerta, detrás de la cual agoniza una de vuestras víctimas y en donde han muerto también víctimas vuestras, dos de sus hijos; dos hermosos jóvenes de veinte años, como éstos (señalando á los niños dormidos) morirán bien pronto, igualmente víctimas de vuestra infamia. ¡Ah! ¿Conque

me ofrecéis la vida, la felicidad? Id allá al pequeño cementerio repleto de víctimas de vuestra explotación, y cuyo olor nos apesta casi tanto como vuestra fábrica; id y removed la tierra y calculad el número de los allí enterrados, para que hoy os podáis pagar el lujo de compadeceros de mis sufrimientos, de mi miseria... ¡Mi amigo! ¿Está usted loco? ¿Cuánto os paga vuestro padre por tan original trabajo?

Roberto. *(Desalentado.)* ¿Por qué me insulta usted?

Juan. Pardiez, la cosa es bien clara. El descontento empieza á reinar entre nosotros; á pesar de nuestra resignación, de nuestra cobardía é ignorancia, mañana tal vez estallará la huelga. Vuestro padre es bastante poderoso para tenernos á raya, como él dice... y la huelga casi siempre es funesta para nosotros, que pagamos con nuestra vida ó con nuevas humillaciones y miserias las derrotas de la lucha. Esto lo sabemos. Pero en la lucha surge lo desconocido. Vosotros mismos tembláis por vuestros talleres, por vuestras riquezas. Tal vez se haya contado con vuestra popularidad y vuestra presencia para evitar el choque... Y ¡claro! usted ha venido para eso. Algo os dará vuestro padre por tan excelente tarea.

Roberto. ¿Por qué me insulta usted? ¿No le ofrezco mi más fraternal amistad? Os creéis hombre libre y no sabéis ó no queréis elevaros por encima de las preocupaciones de la ignorancia, de los bajos odios de sectario. Os invito á marchar juntos hacia la luz y el amor del porvenir y me empujáis hacia el odio feroz del pasado. ¿Qué os he de decir para que creáis en mi sinceridad?

Juan. *(Molesto por sus palabras.)* Sea. Me he engañado; tal vez sea usted un buen sujeto. No quiero dudarlo. Pero, ¿por qué ha venido usted á encontrarme? Iba usted por un camino, yo por otro... No era probable el choque.

Roberto. ¿Qué sabe usted, puesto que tan mal sabe lo que yo soy?

Juan. Yo sé, que entre nosotros hay abismos que no pueden salvarse.

Roberto. Entre los que sufren, no puede haber abismos.

Juan. Eso son palabras.

Roberto. Cuando he entrado me habéis llamado la atención. No sabía quién era usted; pero la actitud de desconfianza y la inmensa tristeza de sus miradas de usted me han inspirado simpatía. He querido hablaros; he querido explicarme el por qué de la fraternidad de mi corazón hacia usted... Nada más. Me rechazáis; no sé qué deciros.

Juan. ¡Pero usted debe saber!...

Roberto. Sí, en efecto; comprendo vuestra desconfianza, porque adivino en usted una alma llena de violencia, de decepciones y tormentos. Pero, ¡os lo ruego! Escuchadme como si fuera un viajero caminando hacia el país de vuestras esperanzas... Yo no soy quien usted cree... Estoy emancipado de las preocupaciones de mi casta; todas las ventajas, todos los privilegios que la fortuna ofrece á mi juventud, los he rechazado; soy un trabajador como usted; no espero nada que no sea de mí mismo y vivo de lo que gano.

Juan. *(Con infinita tristeza.)* Y yo muero. *(Coge á Roberto de la mano, lo atrae hasta la puerta y con enérgico ademán le señala la fábrica iluminada que se destaca en el fondo oscuro de la noche.)* ¿Véis esas llamas, ese humo, esas máquinas malditas que todos los días, todas las horas, torturan mi cerebro, devoran mi corazón, impiden mi derecho á la felicidad, á la vida; esas lenguas de fuego, esos hornos, esas calderas alimentadas con mis músculos, mi libertad y mi voluntad, arrojada á grandes paladas para hacer la riqueza y la potencia social de un solo hombre; véis todo eso? Pues bien, apagad

sus luces, destruido todo, convertido en ceniza ó en escombros. (*Soltando rudamente la mano de Roberto.*) Luego podremos hablar.

Roberto. No grite usted, desgraciado; hay aquí una mujer que agoniza, unos niños que duermen. (*Roberto cierra la puerta. Juan da vueltas por la escena y se sienta apoyando la cabeza sobre las manos. Silencio. Roberto golpeándole en los hombros.*) ¿Está usted algo más tranquilo? (*Juan levanta la vista y mira á Roberto con avidez, pero sin hablarle.*) Dadme vuestra mano. (*Juan se la da.*)

Juan. He hecho mal... no tuve razón...

Roberto. No hable usted más de eso. Vuestros sufrimientos los conozco; son los míos. (*Silencio. Entran Genoveva, Magdalena. Luis Thieux aparece en la puerta; luego de un adiós silencioso se vuelve al lado de la enferma.*)

ESCENA VIII

GENOVEVA, MAGDALENA, ROBERTO Y JUAN

Genoveva. (*A Magdalena.*) ¡Animo, Magdalena! ¡Es un triste momento este.. he pasado por él!... Os compadezco con todo mi corazón...

Magdalena. Gracias, señorita.

Genoveva. Y, sobre todo, no olvide usted que soy su amiga.

Magdalena. Sí, señorita.

Genoveva. ¡Vamos, adiós! Mañana yo mandaré á alguien á saber lo que pasa por aquí. ¡Animo, ánimo! (*Besa á Magdalena; Roberto le da un apretón de manos.*) Hasta mañana. (*Se marchan.*)

ESCENA IX

Magdalena. En fin. (*Fijándose en el cesto y volviéndose hacia Juan que continúa sentado en la misma silla.*)

Juan. Sí, ha sido ella quien lo ha traído. (*Con amargura.*) ¡Hay un vestido para usted... dulces para los niños... vino para la madre!... ¡Es una persona muy caritativa!

Magdalena. (*Coge el cesto y lo lleva al bufete.*) Hace lo que puede. (*Silencio; Magdalena se sienta cerca de la mesa y vuelve á su trabajo.*)

Juan. (*Va hacia Magdalena y apoya sus brazos sobre el respaldo de la silla donde aquélla está sentada.*) Magdalena.

Magdalena. Juan.

Juan. La noche será muy larga para usted... yo creo que no podré volver á mi casa. ¿Me permitís que me quede para haceros compañía?

Magdalena. Sí, Juan; os lo permito. Hace usted muy bien en no dejarme sola... en no abandonar á mi padre... Si la desgracia viene esta noche, le consolará usted.

Juan. Yo quisiera decirles algo que no os he dicho nunca...

Magdalena. Hable usted, Juan. Cuando os oigo, soy menos desgraciada.

Juan. ¿Es cierto?

Magdalena. Sí, cierto. Desde que usted es nuestro amigo y que viene por aquí casi todos los días, me creo menos desgraciada que antes.

Juan. ¡Oh, Magdalena!

Magdalena. Al menos así me lo imagino... Se olvidan las desgracias durante

un instante. Hasta los niños, cuando usted está entre nosotros, cesan de llorar, están alegres... Habla usted con tanto cariño á los niños, que gozan con vuestras caricias, se alegran con vuestros hermosos cuentos.

Juan. *(Emocionado.)* Lo que voy á deciros, Magdalena, no son cuentos alegres, son palabras serias, hondas, graves; son palabras de amor. *(Movimiento en Magdalena.)* El momento de deciroslo es también grave. *(Señalando el cuarto de la enferma.)* Puesto que la muerte anda por aquí cerca. *(Magdalena se estremece.)* ¡Magdalena, ¿o quiero daros mi vida!... ¿Queréis darme la vuestra? *(Magdalena cesa en su trabajo. Mira á Juan con adoración y tristeza.)* Contésteme usted, Magdalena.

Magdalena. *(Con emoción.)* Yo no puedo abandonar á mi padre ni á mis hermanitos.

Juan. No os pido que los abandonéis. Os ruego que admitáis mi ayuda.

Magdalena. Mi padre le quiere á usted mucho, Juan... Pero tiene miedo de lo que aparentáis ser. Vuestra vida es para él un misterio. ¡Y es tan tímido! Sabe que entre nosotros no sois más que uno que pasa y que pronto desaparecerá. Ayer mismo le oí decir: «Juan tiene en la cabeza ideas que no me parecen buenas; tendrá alguna desgracia.» Mi padre se opondrá á que yo os dé mi vida.

Juan. Cada cual se pertenece á sí mismo; vos no sois una excepción en esta regla, y, por consecuencia, nadie tiene derecho á decidir sobre vuestro destino.

Magdalena. Mi destino está aquí... en esta casa, con los que en ella quedan y que tanto me necesitan.

Juan. ¿Me amáis?

Magdalena. Desde el día que entrasteis en esta casa.

Juan. ¿Qué me decís, pues?

Magdalena. Que no hay que pensar en lo que pretende usted, porque si un día se marchara no podría seguirle á usted... me quedaría aquí.

Juan. No puedo prometer, en efecto, quedarme aquí para siempre. Son posibles ciertos acontecimientos que no están en mi mano evitar ni dirigir. *(Con energía.)* Puede suceder también que todo el mundo se vaya. *(Corto silencio.)* Lo que puedo asegurar á usted es que mientras sea posible no me marcharé.

Magdalena. Por mí, Juan, no debéis quedaros aquí ni un solo instante. Ante las grandes cosas que podéis realizar, yo no soy nada.

Juan. ¿Qué es lo que queréis decir?

Magdalena. No sé nada, puesto que nada me habéis confiado; pero desde algún tiempo leo en vuestros ojos lo que tenéis en el alma. Además, vos mismo acabáis de hacer una gran declaración al decir «puede suceder que todo el mundo tenga que marcharse». *(Silencio.)*

Juan. *(Pensativo.)* Yo no he dicho nada, Magdalena. Tal vez haya pasado por mi imaginación algo grande... algún ensueño quizás... Pero sí siento nuevamente los ardores de la acción, los deseos de la lucha se debe á vuestra influencia, á vuestro amor, y sólo por y para usted trabajaré y lucharé.

Magdalena. ¡Por mí, para mí!... Pero si yo soy una pobre joven, triste y enferma... y nada hermosa además.

Juan. ¡Nada hermosa! ¡Oh, Magdalena! No poseéis la belleza insolente de los ricos, hecha con nuestra sangre y nuestros sufrimientos, pero tenéis la belleza que yo amo; la santa belleza del sufrimiento, ante la cual me arrodillo. *(Se arrodilla ante Magdalena; le coge las manos.)* ¡Vuestra pobre cara ya marchita; vuestros hombros encorvados;

las manos, las pequeñas manos pálidas, cuyos dedos están deformados por el trabajo, y los ojos, esos ojos enrojecidos á fuerza de tristezas y de lágrimas... No os podéis imaginar de qué amor más poderoso y sagrado han llenado mi corazón. ¡Y qué odio han resucitado en mi alma!... «¡Nada, hermosa!...» ¡Porque no habéis sido joven todavía... porque habéis sufrido mucho desde que nacisteis! Sois como una pobre planta á la que jamás hubiese bañado el sol. ¡Pero yo os traigo la luz, la juventud os la daré; borraré la miseria de vuestro rostro con las ternuras de mi corazón!

Magdalena. No me diga usted eso; me hace usted llorar.

Juan. También yo he adivinado vuestra alma; alma de pureza, de sacrificio, tranquila y dulce entre todas las demás. (*Se levanta.*) Es cierto, sí; tengo que realizar una gran obra de venganza y de justicia, pero para ello necesito de una compañera como usted, una mujer de alma valiente como la vuestra.

Magdalena. Juan, no diga usted esas cosas, os lo ruego. Yo no tengo ninguna valentía, bien lo veis; no hago más que llorar.

Juan. Porque estáis sola, sola, frente á cosas verdaderamente terribles. Los dos unidos por el amor, no temeremos á nadie, ni á la muerte siquiera.

Magdalena. (*Con exaltación.*) No temo á la muerte, sólo temo no tener fuerza para hacer lo que debo en este momento.

Juan. Debéis ser feliz y yo os puedo dar la felicidad... os basta querer. Hoy me siento fuerte para ello. (*Se sienta cerca de Magdalena.*) ¡Ah! Es preciso que os abra completamente mi alma... ¡Escuchad! Cuando llegué aquí, hace un año, estaba cansado, muy cansado de la lucha, desalentado, sin entusiasmo, sin fe ni en mí ni en los hombres. Había dado mi vida al mundo y la había consumido por los demás. No me comprendieron y sufrí mucho... Yo he viajado por toda la superficie de la tierra, amada mía: Brasil, Estados Unidos, Africa, España, Bélgica, Inglaterra; he recorrido la Francia entera de un extremo á otro y por todas partes he sufrido el infierno del trabajo, las infamias de la explotación humana. Por todas partes he tropezado con la ignorancia salvaje de las gentes, con la malicia de la bestia, con la servidumbre, obstáculo el más grande para la independencia del proletariado. Cuantas veces he intentado despertar las conciencias, hablando á la multitud de la justicia, de la revolución, de la solidaridad, de la belleza, otras tantas he sufrido persecuciones, escarnios, miserias... Unos me han tratado de tonto ó de criminal; los demás de policía ó de vividor... ¡Esclavos y brutos!

Magdalena. Desgracias, Juan, desgracias dignas de indulgencia, porque las produce la ignorancia.

Juan (*pensativo*). ¡Es cierto! Si comprendieran, la obra estaría hecha. (*Silencio.*) Todos serían felices. (*Silencio. Juan en actitud de soñar.*)

Magdalena. ¿Por qué habla usted tanto?

Juan (*continuando su relato*). Cada decepción era una nueva caída desde lo alto de mi ensueño á los abismos de la desesperación, y cada vez más miseria y más sufrimiento para mí. A consecuencia de una huelga fui expulsado de Río Janeiro. Me refugié en España y me delataron. Metido sin más ni más en una pretendida conjuración anarquista, fui detenido sin razón, condenado sin pruebas á dos años de presidio. No sé cómo no he dejado lo que me queda de vida é inteligencia entre las manos de mis torturadores. Me pudría en los infectos calabozos de Barcelona, y sólo salí de ellos para ver agarrotar, en medio de una multitud ebria de sangre, á mi amigo Bernardo Díaz..., un joven con corazón de héroe, y del cual os he hablado alguna vez.

Magdalena. ¡Ah, sí, sí! ¡Aquello debió ser horrible!

Juan. Había jurado vengarle; pero con frecuencia uno desconoce su propia cobardía. Cuando no se tiene nada en el estómago, parece que se tiene también la cabeza vacía. *(Silencio.)*

Magdalena. ¿Y luego?

Juan. Luego, molestado por la policía, sin trabajo, sin hogar, errante de pueblo en pueblo, muerto de hambre, un día en Burdeos me arrojaron en un repugnante calabozo, ¡porque había robado un pan!...

Magdalena. ¡Cuánto habéis sufrido!

Juan. He sufrido, sí... pero más que por los días de miseria, por las noches de frío, campando al descubierto, por las angustias que sufre el vagabundo por los caminos, por los desprecios de la ciudad, donde todo el mundo te rechaza; he sufrido por la indiferencia de los hombres, por la inutilidad de mis esfuerzos para hacerles comprender su derecho á ser libres y felices. Yo he sufrido hasta de mí mismo, sobre todo por mi debilidad intelectual, por mi ignorancia, por todo ese vago y confuso abismo de ideas donde se perdía mi energía. Con frecuencia me he preguntado si yo obraba bien al querer arrancar á los miserables, á los que sufren, de las oscuras tinieblas donde se mueven sus almas, para arrojarlos, más hondo tal vez, en la noche insondable de mis ensueños. Roberto Hargund tenía razón ahora mismo. No saber nada y verse detenido á cada instante por el entusiasmo de la propia impotencia, es preferible á esta horrible idea de la justicia que tal vez sólo existe en la mente de los soñadores.

Magdalena. ¡Juan! ¡Qué cosas tan grandes sabéis; qué hermosas palabras decís; qué cosas tan bellas debe haber en los libros!

Juan. En los libros existe también el vacío, pobre Magdalena. *(Irguiéndose.)* Pero ahora todo ha concluido. Al llegar aquí después de tantos sufrimientos, de tantas decepciones, de tan largas marchas por el mundo; después de haber entrado en esta pobre casa, que quise como mi familia, yo que nunca la he tenido; después de haberla querido, Magdalena mía, más que como á mujer, como creencia nuevamente hallada... todas mis angustias morales, todas mis dudas, se han disipado. Ni siquiera me acuerdo de ellas... Con nuevas fuerzas, con fe más entusiasta en el porvenir, recupero otra vez mi perdida entereza... Y es á ti á quien debo esta transformación; tú has hecho el prodigio de convertirme en hombre nuevo. Ahora no te amo á ti solamente sino á toda la humanidad; todo el porvenir y la grandeza de mis ensueños lo adoro en ti. *(La coge por los brazos.)*

Magdalena. *(Se abandona.)* Callad, callad; cosas tan hermosas no son para que yo las oiga ni para que usted las pronuncie á mi oído. Es demasiado bello lo que decís, y no creo tener derecho á tanta dicha.

Juan. Todo nos lo pueden robar, Magdalena. Todo menos nuestra felicidad, la felicidad que nos hemos creado nosotros mismos. En adelante, los dos unidos seremos fuertes contra el destino.

Magdalena. *(Con éxtasis.)* ¡No, eso no es posible!... ¡No es posible!

Juan. Cuando entro en esta casa, rendido del trabajo ó de la lucha, cansado, vencido, sin alientos tal vez... me reanima y alienta tu luz... tus ojos... tu voz... tu corazón... tu resignación ó tu energía. ¡Magdalena! ¡Magdalena! ¡Magdalena!

Magdalena. *(Casi desfallecida.)* ¡Oh, Juan! ¡Juan! ¿Pero es posible? Los pobres como nosotros pueden ser felices también... Sobre todo, es preciso que no me creas más de lo que soy.

Juan. Eres más. Por ti es por quien creo en el porvenir.

Magdalena. ¡Oh, eso es mucho, mucho. ¿Y si no fuera posible? Sólo con haber vislumbrado tanta felicidad, me siento desfallecer... morir, sí, sí, morir. *(Juan la estrecha castamente. Magdalena se abandona por completo.)* ¿De dónde has venido para obrar tan gran milagro, Juan mío? En tus brazos me siento ligera y fuerte. . no noto el peso de mi cuerpo, ni de mi corazón... soy feliz, feliz, feliz *(llora)*, al sentir los latidos del tuyo.

Juan. ¡Calla, vida mía!

Magdalena. ¡Sí!... ¡Sí!

Juan. Descansa sobre mí.

Magdalena. ¡Sí!... Sí! *(Silencio... Con voz débil.)* ¿Y el padre y los pequeños?

Juan. *(Acariciándola.)* Nosotros los guardaremos... los protegeremos. *(Silencio.)*

Magdalena. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es esto posible? *(Se levanta, mira la estancia de la enferma. Con voz dolorida.)* ¿Y mi madre? ¿Y mi madre?

Juan. *(Se levanta también y mira al mismo punto. Desde dentro.)* ¡Magdalena!

Magdalena. Ha gritado; me ha llamado. *(Se oye un sollozo ahogado. ¡Magdalena! ¡Magdalena!)* ¡Ah!

Juan. ¡La desgracia! *(Se abre la puerta, Luis Thieux aparece en actitud feroz, pálido, dando traspiés.)*

ESCENA X

LOS MISMOS Y LUIS THIEUX

Magdalena. ¡Mi madre ha muerto! ¡Ha muerto... mi madre! *(Se precipita al cuarto; se oyen lamentos, ayes, gritos.)* ¡Madre! ¡Madre! ¡Madre ha muerto! *(Luis Thieux anda dando traspiés, Juan le sostiene y le hace sentar en una silla, en la que cae como una piedra, deja caer la cabeza sobre las manos. A lo lejos se oye el ruido de la fábrica.)*

ESCENA XI

JUAN, LUIS THIEUX, LA MADRE CATHIARD Y UN GRUPO DE MUJERES ANCIANAS

(La madre Cathiard y algunas vecinas aparecen en la puerta. Al ruido, Juan vuelve la cabeza y hace señas á las mujeres para decirles que el fatal desenlace se ha consumado; gestos lastimeros de las mujeres que se retiran silenciosas cerrando la puerta.)

ESCENA XII

LUIS THIEUX Y JUAN

Juan. *(Después de un pequeño silencio; de pie ante Thieux.)* ¿Por fin todo ha concluido? *(En el cuarto de la muerta se oyen los lamentos de Magdalena. Juan va á cerrar la puerta y vuelve al lado de Thieux.)* ¡Pobre Thieux!

Luis Thieux. ¡Una mujer como ella! ¡Ah, yo me ahogo! ¡Tengo calor! ¡Aire! ¡Aire! ¡Abre la puerta! *(Juan abre la puerta. La fábrica parece entonces un incendio. Durante toda la escena salen grandes llamaradas rojas y se produce un ruido infernal. Juan vuelve al lado de Luis Thieux.)* ¡Una mujer como esa!... ¡Una mujer como esa! *(Juan abandona durante algunos minutos á Thieux en su dolor. Luego lentamente, pasándole la mano por el hombro.)*

Juan. Animo, pobre amigo mío... No eres tú solo el que sufre... Piensa en Magdalena; piensa en tus pequeños... Estos son los momentos de mostrarse enérgico y resuelto...

Luis Thieux. ¡Todo ha terminado... todo... todo!

Juan. Habrá terminado para ti, pero para ellos ahora empieza. ¡Vamos! levanta esa cabeza... mira la miseria y el dolor cara á cara. El momento de la resolución ha llegado.

Luis Thieux. *(Un poco irritado.)* ¿Qué quieres que haga?

Juan. Cumplir con tu deber.

Luis Thieux. *(Como asustado.)* No, hoy no; no me hables de eso.

Juan. *(Señalándole la estancia de la muerta.)* ¿En qué otro momento de tu vida puedo hablarte mejor que hoy?

Luis Thieux. ¡Déjame! ¡Déjame! Me es imposible; no puedo.

Juan. Tú te crees unido por la gratitud hacia tu amo, hacia su hija, á quien tuve intención de estrangular hace un rato. ¿Es que sus pequeños favores te esclavizan? Hablemos, pues, de ellos. Hace veintisiete años que los gozas. ¿Cuánto has adelantado? Privaciones, deudas... muerte; ese ha sido el resultado de los buenos servicios de tus amos; ¿y por eso les respetas?

Luis Thieux. Déjame, te lo ruego... por favor.

Juan. ¡Dejarte!... Mira á tu alrededor y mírate á ti mismo. Estás al borde de la vejez, sin fuerza por la ruda labor de tu vida; medio muerto por el aire envenenado que aquí se respira... Más que hombre, eres una piltrafa humana... Tus dos hijos mayores, que serían tu sostén, han muerto *(señalando la fábrica)*; tu mujer acaba de morir... Magdalena y tus pequeños, que necesitan aire, buena alimentación, sol, expansión y alegría en el corazón, morirán muy pronto por carecer de todo si tú no pones remedio. Y por esos mezquinos favores que son ruindades, voluntarias y calculadas, que te conste, abandonas en manos de tus asesinos, de los asesinos de tu familia, tu libertad y la vida de los tuyos. Por mentiras, por vergonzosas limosnas, por trapos inútiles, por las migajas de su mesa que la caridad arroja á tu estómago hambriento, como se arroja un hueso á un perro, por todo eso te obstinas en tu resignación, no te decides á tomar lo que te pertenece, prefiriendo continuar siendo bestia sumisa, bajo el látigo y el yugo, en vez de levantarte é intentar la conquista del ser humano.

Luis Thieux. ¡No, no! ¡Hoy no.

Juan. ¡Hoy no! ¿Para cuándo, pues, lo aplazas? ¿Qué otro instante esperas? En este ambiente maldito, sobre este suelo de suplicios, en donde la explotación y el crimen ha causado miles de víctimas, no hay más esclavos fieles de su suerte miserable. Si yo he conseguido algo, si he podido hacer comprender la necesidad de un cambio, la conveniencia de una huelga, á seres que jamás habían comprendido ni el dolor de sus martirios, si he llegado á agitar esas almas pesadas y sin energía, ha sido por ti, pobre Thieux, por ti y por los tuyos, en quienes he depositado todo mi amor, toda mi infinita piedad. ¿Cómo no has podido comprender esto? ¿Cómo tu espíritu continúa frío al lado del mío que arde? ¿Cómo á fuerza de sufrir no has tenido un arranque espontáneo en hora de heroísmo, en la cual cualquiera hace algo grande? ¿No sabes morir por los demás?

Luis Thieux. *(Obstinado, con voz de niño.)* Lo comprendo, lo comprendo; pero no; hoy no. Déjeme llorar; no me hables más.

Juan. Bueno, no te hablaré... Mañana cuando sientas tu casa algo más vacía de seres amados, cuando veas que si la pobre muerta ha desaparecido, la muerte, sin embargo, queda aquí como huésped infame, amenazando á cuantos seres queridos te quedan en el mundo, tal vez vayas á encontrar la venganza. Sí, tienes razón, no te

hablaré más esta tarde. ¡Descansa; acuéstate sobre ese colchón! (*Hace que se levanta; lo sostiene.*)

Luis Thieux. (*Pasando por delante de los niños, dormido balbuciente.*) Pobres hijos míos... pobre Magdalena. Es verdad, sí. Esto no es justo.

Juan. (*Hace que se acuesta sobre el colchón.*) Haz por dormir un poco. Quisiera poder-te mecer como á un niño... Duerme.

Luis Thieux. (*Indicando el cuarto de la muerta.*) Quisiera besarla... no la he besado.

Juan. Luego la besarás. Yo te llevaré á su lado, ahora duerme.

Luis Thieux. ¡Oh! No; no. Esto no es justo. (*La madre Cathiard por el foro con una rama de lilas en la mano.*)

ESCENA XIII

MADRE CATHIARD, DOS ANCIANAS, LUIS THIEUX Y JUAN

(Juan señala el cuarto de la muerta. La madre Cathiard va á depositar ramos; entra, atraviesa la escena y sale. Otra anciana llega con otro ramo en la mano, Juan le indica, como á la primera, el punto donde reposa la muerta. Hace lo que la primera; deposita el ramo, vuelve, atraviesa la escena y desaparece. Llega una tercera sin nada en la mano; se arrodilla en el umbral de la puerta, hace la señal de la cruz, balbucea alguna plegaria, se levanta y se marcha.)

ESCENA XIV

LUIS THIEUX Y JUAN

Luis Thieux. (*Incorporándose sobre el colchón.*) ¡Cierra la puerta! No puedo ver la fábrica, no puedo oirla, su ruido me molesta. (*Juan va á cerrar la puerta; durante ese momento cae el telón.*)

FIN DEL PRIMER ACTO

OCTAVIO MIRBEAU.

(Traducido por Antonio López.)

Este drama fué estrenado en París por Sarah Bernhardt.

PARIS

(Continuación.)

Otra vez las figuras unidas de Gerardo y de Eva se representaban á la condesa, pues el primer encuentro de los dos amantes ocurrió en el Asilo; y ya se arrepentía de haber dado su nombre para una de esas empresas caritativas que se anuncian con mucho ruido, y cuyos abusos interesados reprobaba.

—Señora—insistió Pedro—, se trata de un pobre anciano que se muere de hambre. Tenga usted compasión, yo se lo suplico.

Aunque el sacerdote hablase en voz baja, el general se acercó.

—Mucho corre usted por un viejo revolucionario—dijo—. ¿No ha conseguido nada del administrador?... ¡Pardiez, difícil es enternecerse, tratándose de esos hombres, que nos barrerían si fuesen los amos, como ellos dicen!

El señor de Larombière aprobó con un movimiento de cabeza, pues hacía algún tiempo que le acosaba el temor á los anarquistas.

Y Pedro continuó su defensa, angustiado y tembloroso: habló de la espantosa miseria, de las habitaciones sin abrigo ni alimentos, de las mujeres y de los niños que tiritaban de frío, y de los padres que iban en busca de un pedazo de pan. Lo que pedía no era más que una palabra escrita en una tarjeta, una palabra benévola de la condesa, que llevaría al punto á la baronesa Duvillard para inducirla á prescindir de los reglamentos. Y sus palabras, temblorosas por las lágrimas ahogadas, caían una á una en el lúgubre salón, y perdíanse en un mundo muerto, sin eco alguno.

La condesa de Quinsac se volvió hacia el señor de Morigny; pero éste no se interesaba al parecer, y miraba fijamente el fuego con su aire altivo de persona extraña, indiferente á las cosas y á los seres, entre los cuales le obligaba á vivir un error de los tiempos. Sin embargo, levantó la cabeza al sentir sobre sí la mirada de la mujer querida; y sus ojos se encontraron un instante con el infinito cariño de su triste y heroica ternura.

—¡Dios mío!—exclamó la condesa—, conozco el mérito de usted, señor abate, y quiero ayudarle en una de sus buenas obras.

Y desapareció un momento; pero volvió al punto con una tarjeta, en la cual había escrito que aprobaba de la mejor voluntad las diligencias practicadas por el señor abate. Este último dió las gracias, con las manos temblorosas de agradecimiento, y se marchó poseído de alegría, como si llevase una nueva esperanza de salvación al salir de aquella sala, donde, detrás de él, la sombra y el silencio parecían reinar de nuevo en la estancia, sobre aquella anciana señora y sus últimos fieles que, sentados junto al fuego, representaban un mundo próximo á desaparecer.

Una vez fuera, Pedro subió alegremente á su coche de alquiler, después de dar las señas de la princesa de Harn, en la Avenida Kleber. Si obtenía también la aprobación de esta señora, no dudaba del buen éxito; pero el puente de la Concordia estaba obstruido de tal modo, que el caballo debió ir al paso; y allí, en la acera, el abate volvió á ver á Duthil, que, elegante y encantador, con el cigarro en la boca, se reía de la multitud con su amable indiferencia, feliz al encontrarse sobre el pavimento seco bajo el cielo azul al salir de la agitada sesión de la Cámara. Al verle tan alegre y triunfante, el sacerdote tuvo una brusca inspiración, diciéndole que debía conquistar y poner de su parte á aquel joven, cuyo informe había producido un efecto tan desastroso. Precisamente el coche se había detenido del todo, y el diputado acababa de reconocer al abate.

—¿Dónde va usted, señor Duthil?—preguntó aquél.

—Aquí cerca, á los Campos Elíseos.

—Pues yo debo pasar por allí, y como deseo hablarle dos palabras, si tiene usted la amabilidad de sentarse á mi lado, le dejaré donde quiera.

—Con mucho gusto, señor abate. ¿No le molestará que acabe de fumar mi cigarro?

—¡Oh! nada de eso.

El coche pudo arrancar al fin, cruzó la plaza para penetrar en los Campos Elíseos, y Pedro, pensando que le quedaban pocos minutos, la emprendió con Duthil al punto, dispuesto á luchar para convencerle. Se acordaba de la contestación que el joven había dado contra Laveuve en casa del barón, y por eso le extrañó que le interrumpiese para decir con bondad, remozado por el claro sol que comenzaba á lucir.

—¡Ah! sí, el viejo borracho que usted protege. ¿Conque no ha podido usted arreglar

su asunto con Fonségue? ¿Y usted quiere que le hagan entrar allí hoy?... Ya sabe que yo no me opongo.

—Pero media el informe de usted...

—¿Mi informe?... ¡Oh! las cuestiones cambian según los puntos de vista, y si usted se interesa mucho por su Laveuve, no rehúso ayudarle.

Pedro le miraba con sorpresa, muy contento interiormente, y ya no tuvo ni siquiera necesidad de hablar.

—Ha conducido usted mal el asunto—continuó Duthil, inclinándose con aire de confianza—. El barón es el amo en su casa, por razones que usted comprenderá, y que sin duda conoce; la baronesa hace cuanto él exige, sin discutirlo siquiera; y esta mañana, en vez de lanzarse usted en diligencias inútiles, no tenía más que hacer que pedirle su apoyo, con tanta más razón cuanto que parecía estar en las mejores disposiciones. La baronesa hubiera accedido al punto.

Duthil comenzó á reírse, y prosiguió después:

—Pues no sabe usted lo que yo haré... Voy á inclinar al barón en favor de su causa; sí, ahora voy precisamente á una casa donde él se halla en este momento, una casa donde es seguro encontrarle todos los días á esta hora...

Y Duthil se reía á más y mejor.

—En fin, es la casa de que habrá usted oído hablar tal vez, señor abate; cuando él está allí, seguro es que no rehúsa nada... y yo le prometo á usted hacerle jurar que esta noche exigirá á su mujer la admisión de ese Laveuve; pero será un poco tarde...

Y como se le ocurriese de pronto una idea, añadió:

—¿Por qué no viene usted conmigo? Obtenida una palabra del barón, va usted en seguida, sin perder minuto, en busca de la baronesa... ¡Ah! sí, la cosa le inquieta un poco; lo comprendo. ¿Quiere usted no ver más que al barón? Si es así, le esperará en un saloncito del piso bajo, donde yo le conduciré.

Esta proposición acabó de alegrar á Duthil; mientras que Pedro, aturdido, vacilaba ante la idea que se le introdujera de aquel modo en casa de Silviana de Aulnay. No era aquel su lugar; pero habría ido á casa del diablo, como lo había hecho ya algunas veces Rose, esperando aliviar una miseria.

Duthil, que se engañaba respecto á la actitud del abate, bajó más aún la voz, por efecto de una suprema confianza.

—Ya sabrá usted—dijo—que el barón lo ha pagado todo allí. ¡Oh! puede usted venir sin temor.

—Ciertamente que iré con usted—dijo el sacerdote, no pudiendo menos de sonreírse á su vez.

El pequeño palacio de Silviana de Aulnay, muy elegante y lujoso, estaba situado en la Avenida de Antin, cerca de la de los Campos Elíseos. La sacerdotisa de aquel santuario, donde los flecos de oro de las dalmáticas brillaban bajo el suave reflejo de los cristales, acababa de cumplir veinticinco años; de escasa estatura, delgada y morena, distinguíase por su adorable belleza, y todo París conocía su delicioso rostro de virgen, el suave óvalo prologado, la nariz fina, la boca pequeña, las mejillas sonrosadas, y las trenzas de su cabello negro, gruesas y pesadas, que ocultaban en parte la frente. La causa de su celebridad era precisamente su graciosa expresión de candidez, la infinita pureza de sus ojos azules, y su aparente inocencia púdica, cuando ella quería, que contrastaban con sus abominables sentimientos de joven, con la perversidad más monstruosa, reconocida y declarada, tal como se produce en el suelo de las

grandes ciudades. Referíanse cosas extraordinarias sobre sus gustos y caprichos. Los unos decían que era hija de una portera; los otros, de un médico; pero en todo caso, debía haber recibido instrucción y educación, pues si era necesario, no dejaba de dar pruebas de talento, y sabía conducirse correctamente. Diez años hacía que rodaba por los teatros, aplaudida por su belleza; y hasta acababa de obtener algunos triunfos en los papeles de jóvenes muy puras, de mujeres que aman y son perseguidas; pero desde que se trató de su entrada en la Comedia francesa para desempeñar el papel de Paulina en el *Poliuto*, algunas personas se indignaban, y otras tomábanlo á broma; tan descabellada les parecía la idea y atentatoria contra la majestad de la tragedia clásica. Silviana, tranquila y tenaz, lo quería así, á pesar de todo, y estaba segura de obtenerlo, con la insolencia de la joven á quien los hombres no habían podido nunca rehusar nada.

Aquel día, desde las tres, Gerardo, que no sabía cómo matar el tiempo antes de ir á esperar á Eva, á la calle de Matignon, tuvo la idea de subir á entretenerse un rato en casa de Silviana. Esta última era una antigua amiga, y Gerardo seguía siendo uno de los amigos íntimos de la casa, olvidándose de ello algunas veces cuando la linda joven se aburría. Pero aquel día acababa de encontrarla furiosa, y sentóse como simple amigo en una de las cómodas butacas del salón antiguo, dispuesto á escuchar su queja. Silviana, de pie, y vestida toda de blanco, como la misma Eva en el almuerzo, hablaba apasionadamente para acabar de convencerle; mientras que Gerardo, seducido por tanta juventud y belleza, comparaba á la linda actriz con aquella á quien debía ver más tarde, y cuyas citas le cansaban ya tanto que, poseído de una pereza moral y física, hubiera preferido permanecer sentado en el fondo de aquel sillón.

—Comprenderás, Gerardo—exclamó Silviana al fin, olvidándose hasta el punto de tutearle—, que yo no le concederé nada hasta que me traiga mi nombramiento.

El barón Duvillard entraba en aquel instante, y Silviana tomó al punto un aspecto helado, recibiéndole como una joven reina ofendida, que espera explicaciones; mientras que él, previendo la tempestad, y portador de noticias desastrosas, sonreía con inquietud. La joven actriz era un baldón para aquel hombre tan fuerte y poderoso aún, en la decadencia de su raza; y también el principio de la justicia y del castigo, que recogía á manos llenas el oro acumulado, vengando por sus crueldades á los que tenían hambre y frío. Y daba lástima ver aquel hombre temido y adulado, ante el cual temblaban los gobiernos, palidecer allí de inquietud, doblegarse muy humilde y recaer en la infamia senil para expresar su deseo.

—¡Ah! querida amiga—exclamó—si usted supiera cómo he corrido! Muchos asuntos enojosos, visitas á los empresarios, y el arreglo de una mala cuestión de publicidad, me han ocupado tanto, que creí no poder venir nunca á besar á usted la mano.

Así diciendo se la besó; pero Silviana dejó caer su brazo con indiferencia y limitóse á mirar al barón, esperando lo que iba á decirle, apurándole de tal modo, que el hombre sudaba y balbuceaba sin encontrar palabras.

—Sin duda que me he ocupado de usted—dijo al fin—, y he ido al palacio de Bellas Artes, donde me habían hecho una promesa formal... ¡Oh! todos están siempre entusiasmados allí en favor de usted... Pero ese imbécil ministro, ese Tabonresu, viej^o profesor de provincia que ignora todo lo de nuestro París, se ha opuesto formalmente al nombramiento de usted, diciendo que mientras él se halle en el poder no debutaría usted jamás en la Comedia.

Silviana no pronunció más que una frase, pero siempre de pie y rígida.

—¿Pues y entonces?

—¡Pues bien! querida amiga, ¿qué quiere usted que yo haga?... No se podría derribar un ministerio para que usted desempeñe el papel de Paulina.

—¿Por qué no?

El barón se esforzó para reírse, pero su rostro se congestionaba, y todo su voluminoso cuerpo agitábase de angustia.

—Vamos, pequeña Silviana—dijo—, no se empeñe usted tanto. ¡Es usted tan linda cuando quiere! Renuncie, pues, á la idea de ese *debut*, en el que usted misma arriesgaría mucho, pues no serían pocos sus enojos si no la recibiesen bien. No se cansaría de llorar... Y por otra parte, puede pedirle tantas otras cosas, que yo me complacería en darla. ¡Vamos, exprese usted un deseo ahora mismo, y le realizaré al punto!

Y como en broma, trataba de coger otra vez sus manos; pero Silviana, retrocediendo con mucha dignidad, le tuteó, como ya lo había hecho con Gerardo.

—Ya comprenderás, amigo mío—contestó—que no habrá nada entre nosotros hasta que yo desempeñe el papel de Paulina.

El barón sabía muy bien con qué rigor sería tratado, y apenas pudo articular una palabra; pero quiso tomar la cosa á broma.

—¡Será mala hoy!—exclamó, volviéndose hacia Gerardo.—¿Qué le ha hecho usted para que la encuentre así?

EMILIO ZOLA.

(Se continuará.)

SECCIÓN GENERAL

FEDERICO NIETZSCHE

Extraño y sorprendente destino fué el de Federico Nietzsche, que terminó, en su tranquilo retiro de Weimar, su vida tan dolorosa y tan trágica. Casi desconocido del gran público hasta 1888, y únicamente adivinado por algunos espíritus superiores, por un Taine en Francia, un Jorge Brandes en Dinamarca, un Jacobo Burckard en Suiza, se ve sorprendido á principios de 1889 por la locura, que obscurece definitivamente su inteligencia en el momento en que iba á dar la última mano á la gran obra *La transvaluación de los valores*, que debía resumir su doctrina.

Desde entonces, insensiblemente, sus ideas se extienden, sus escritos conquistan un público cada vez más numeroso, su gloria crece sin cesar. Y mientras el profeta del Superhombre, el poeta de *Zarathustra*, se extingue lentamente, sin conciencia de la fama que se forma en torno su nombre, en todas partes se le discute, exaltándose ó entusiasmándose á favor ó en contra de él. Los unos le tienen por el pensador más poderoso que Alemania ha producido, después de Schopenhauer, por el precursor de una nueva religión, por un genio, que fué á la vez uno de los más profundos conocedores del alma humana y un admirable profesor de energía; los otros no ven en sus

escritos otra cosa que las fantasías delirantes de un alienado, y los de más allá le condenan como el representante más pernicioso de la «decadencia» moderna, de este *anarquismo* intelectual y moral, que, cual virus ponzoñoso, por todas partes tiende á invadir y disolver el organismo social. El momento no ha llegado aún de dar un juicio definitivo sobre el valor que conviene conferir á la obra de Nietzsche. Lo que nosotros probaremos de hacer en estas líneas será despejar las tendencias esenciales de su filosofía y de ver lo que, en sus ideas y en su personalidad, ha podido seducir ó apasionar los espíritus de tantos de nuestros contemporáneos.

No es desde luego el lado negativo de su doctrina el que trae agitado nuestro tiempo. Ya que creo es difícil probar que nuestro fin de siglo no esté profundamente impregnado de escepticismo y de pesimismo. Y aunque Nietzsche tenía la pretensión de haber ido más allá dentro del escepticismo y el pesimismo, no es eso lo que importa á nuestros contemporáneos.

Después de los siglos que la filosofía y la ciencia habían emitido sus dudas sobre la existencia de un Dios personal, causa primera y primer motor del universo, Nietzsche proclama altamente la «muerte de Dios», la quiebra definitiva é irremediable de toda teología y de toda religión. Una extensa línea de filósofos, de Platón á Kant, habían demostrado que desconocemos la realidad exterior tal cual es «en sí» objetivamente, independientemente de las formas de nuestra sensibilidad y de nuestra razón; Nietzsche va más lejos: ataca la noción misma de un «mundo real», diferente del «mundo de las apariencias», de una «cosa en sí» diferente de los fenómenos; somos incapaces, según él, de afirmar, y lo propio de concebir, que pueda existir alguna cosa fuera del mundo de nuestra percepción, del círculo de nuestras representaciones: la idea de una cosa «en sí» le parece el eco metafísico y débil de la noción del Dios vivo, y él la rechaza absolutamente, así como esta última concepción.

Dos convicciones quedaban á nuestro siglo: la fe en el valor absoluto del deber, de la buena voluntad, y la fe en el valor absoluto de la verdad y de la sinceridad intelectual, y Nietzsche pone en duda estos dos valores supremos de nuestra *mesa de valores*. Para que la vida se desarrolle y prospere, para que la planta-hombre arroje los retoños bellos y vigorosos, el mal es tan necesario como el bien, el error tan necesario como la verdad. Las pasiones clasificadas comúnmente como malas, la crueldad, el odio, la violencia despótica, son necesarios al desenvolvimiento de la humanidad y producen tan grandes cosas como las más renombradas «virtudes», la bondad, la piedad, la humildad. La ilusión misma es indispensable á la vida, es uno de los engaños benéficos, de las mentiras protectoras, sin las cuales ningún organismo podría prosperar; el instinto vital, por consiguiente, trabaja sin cesar para fortificar este tejido de ilusiones que encierra toda criatura, y la filosofía, que busca destruirlas, que pretende ver lo que hay bajo el velo de la virgen, es en realidad un *malhechor* que trabaja para el aniquilamiento de la vida. Y Nietzsche es, con todas las deferencias posibles, uno de estos *malhechores*: él destruye las creencias que hasta el presente han sostenido y consolado á la humanidad; él niega todo lo que los hombres han adorado bajo los nombres más diversos: Dios, *el más allá*, la Verdad, el Bien, lo Ideal. Y es al mismo tiempo un pesimista. La vida le aparece como mala y consagrada al sufrimiento. Ninguna dicha espera para los hombres; la Historia es á sus ojos un brutal y odioso *despropósito*, la civilización una horrible tiranía que edifica la prosperidad y el bienestar de una parte débil, escogida sobre la miseria y la opresión de una muchedumbre inmensa de desheredados. Como el mal y el error, el sufrimiento es un elemento esencial

de la vida, un elemento que es inútil, que es *impío* querer suprimir, porque él contribuye, como la felicidad, y aún más que la felicidad, á la grandeza de la especie humana.

¿Cuál será en estas condiciones la conclusión de Nietzsche? ¿Será, como Schopenhauer ó como Hartman, aspirar á la nada, proclamar, con el Mefistófeles de Goethe, «que mejor hubiese querido que nada naciese», y exhortar á los hombres á abdicar el deseo de gozar, á matar en ellos el querer vivir? De ningún modo. La originalidad de Nietzsche está precisamente en haber sacado del nihilismo una filosofía positiva, en haber hecho brotar del pesimismo una clase de optimismo exaltado y triunfante. Audaz explorador, se ha hundido sin temblar en las obscuridades del nihilismo; jamás, como tantos otros, ha cambiado de opinión; nunca le ha hecho callar la fuerza de la duda, como nunca ha cerrado los ojos sobre las tristezas de la vida ni ha recurrido, para salvar sus dudas, á ninguna hipótesis consolable, á ninguna fe libertadora. Empujado por inflexible lógica, por áspera probidad de su conocimiento intuitivo, ha andado hasta el fin de sus deducciones. Y al término de sus análisis, al cabo de su descenso subterráneo, á través de las divagaciones de la duda y la desesperación, ha visto asomar un resplandor cuyos rayos subsisten deslumbrantes hasta el fin. Su nihilismo pesimista se ha cambiado en un himno de gozo y de triunfo.

¿Cómo se medirá lo que vale la vida de un hombre ó la vida humana en general? La mayor parte de los pensadores hasta Nietzsche, han tomado el marco de la medida fuera del hombre mismo; han puesto como valores supremos Dios, el Bien ó la Verdad y han dicho: la vida humana vale en la medida según ella esté consagrada á Dios, según ella realice el Bien y la Verdad; en otros términos, han asignado al hombre un fin *que él no se había dado*, han puesto un ideal y han condenado la existencia porque ella no realiza este ideal. Pero esto es un error para Nietzsche. La vida—dice él—no tiene necesidad de justificación. Que los enfermos, que los degenerados, que los desheredados aspiren hacia la tumba; nada más legítimo, nada mejor. El mundo está lleno de seres sazonados para la muerte y la desaparición; esos, dejarlos morir, dejarlos caer, en caso de necesidad, hasta empujarlos para que caigan más á prisa. En cuanto á los hombres sanos y robustos de cuerpo y de corazón, dejadles vivir y aspirar á una vida siempre más rica, siempre más intensa. Estos no necesitan ley más alta que ellos. Son por sí mismos «creadores de valores». Que cada individuo forme su propio ideal y que deduzca su ley, sus felicidades y sus derechos. El universo es por sí mismo un montón informe, materia indiferente, un caos vacío de sentido. Es el hombre, es el individuo genial el que pone los valores, que crea *el mundo que interesa al hombre*, que experimenta libremente, con sus riesgos y peligros, el valor de tal ó cual idea desde el punto de vista de la vida, que determina espontáneamente *su* Bien y *su* Verdad. Los valores supremos por los cuales estimamos el precio de la vida, no los encontramos fuera de nosotros, sino que nosotros mismos debemos crearlos. He ahí lo que expresa Nietzsche en su poema en prosa *Zarathustra* por su símbolo poético del Superhombre. Y este es el hombre emancipado de la vieja «mesa de valores», el hombre que se ha hecho inventor de aquéllos, que tiene por ley suprema «*deviens qui tu es*». Dios ha muerto, muerto para siempre—dice Nietzsche—, pero el Superhombre es menester que viva. Para escapar al nihilismo es preciso que el hombre tenga conciencia de su fecundidad creadora, que encuentre en sí mismo bastante fuerza viva, bastante voluntad poderosa para dar un objetivo á su vida. Y por ahí también Nietzsche evade al pesimismo. La vida es mala—dícese—pues el fin supre-

mo debe ser el renunciamiento de ella. ¡Error!—contesta Nietzsche—. El hombre es un animal valeroso que no teme al sufrimiento, que no pretende exclusivamente la dicha (sólo el inglés—dice Nietzsche—quiere siempre su bienestar y no quiere eso); consiente en sufrir; en caso de necesidad él mismo buscará el sufrimiento si sabe por qué sufre. Por tanto, si él tiene conciencia de su fecundidad, si él se mira á sí mismo como un creador de valores, como un jugador audaz que juega con el azar una partida formidable cuya puesta es la vida ó la muerte, llegará poco á poco á aceptar, mejor dicho, á *amar* su destino. Esto es lo que Nietzsche expresa por otro símbolo poético en el «Retorno eterno». Quizás—dice él—el mundo es un círculo sin fin que da vueltas eternamente; quizás yo he vivido un sinnúmero de veces y quizá viva todavía un número infinito de veces más. Pensamiento sorprendente para el descontento ó el rebelde, para el que maldice su vida y se ve condenado á empezar eternamente una existencia que le causa horror. Pensamiento sublime y embriagador para el Superhombre que goza de la esplendidez infinita de la vida eternamente joven y fecunda y que ha tomado amor á la existencia hasta el punto de poder escribir en *Zarathustra*. «¡Yo te amo, oh Eternidad!»

Esta concepción casi mística del Superhombre y del retorno eterno ha llenado poco á poco el espíritu de Nietzsche de un entusiasmo cada vez más exaltado. Aislado de los hombres por la enfermedad nerviosa que minaba su vida desde años, pues la había contraído allá por los años 1876 á consecuencia de una vida ociosa, andando de un lugar á otro entre Alemania, la Engadina é Italia, replegado en sí mismo, encerrado en sus sueños de pensador solitario, se embriaga más y más en la grandiosa poesía de sus concepciones. Se cree un inventor de valores, el continuador y el «mayor enemigo», todo á la vez del más grande de todos los creadores de valores, de Jesucristo, que ha dado al mundo europeo la bienhechora ilusión sobre la cual vive cerca de dos mil años... Y de repente el vértigo se apodera de él, la locura largo tiempo desviada cae sobre su víctima. Nietzsche se abisma en la inmensidad. El día en que fué derribado por el mal, escribió á M. Bourdeau: «¡Yo soy el Cristo, el propio Cristo, el Cristo crucificado!»

Once años han transcurrido de esto, durante los cuales Nietzsche, siempre incurable, ha sido cuidado con la más admirable abnegación (si esta palabra cabe) por su madre y por su hermana Mme. Förster Nietzsche. Destino terrible seguramente, pero no desprovisto de una apacible melancolía, de una grandeza trágica. Quizá esta prolongada y lenta agonía fué necesaria para que su doctrina nos apareciera bajo su verdadera claridad.

Si Nietzsche hubiese sido un Superhombre triunfante y fuerte, soberbio en salud y vigor intelectual y físico, nosotros habríamos probablemente experimentado contra sus doctrinas un instintivo movimiento de rebeldía, habríamos detestado la apología brutal de la fuerza y del éxito, la inhumana dureza hacia los débiles y los desheredados de la vida, el menosprecio salvaje de todo idealismo. Sólo un hombre que ha sufrido como ha sufrido Nietzsche tiene *el derecho*, quizá, de predicar una doctrina como la suya, sin que se le pueda acusar de insensibilidad y de sequedad de corazón. Si nosotros adivinamos cuánta emoción religiosa había en Nietzsche bajo su ateísmo de grande probidad moral, bajo su *inmoralismo* de ternura y piedad, bajo su «dureza» de ardiente idealidad, bajo su salvaje nihilismo, es porque él ha padecido como pocos hombres el purificador bautismo del sufrimiento... La enfermedad, á lo menos—y esto fué un gran consuelo para sus deudos—, no le degradó. Yo le vi hace apenas dos

años; su figura marcada profundamente por el dolor era aún raramente expresiva; sus ojos, como entornados hacia dentro, parecían perdidos en no sé qué sueño interior. Y en su sillón de enfermo donde su mirada podía errar sobre las colinas de la Turingia y sobre la ciudad de Weimar bañada con los rayos del sol que se acuesta, parecía abstraerse dulcemente mientras el gran sueño de la buena muerte cerraba para siempre sus ojos fatigados.

HENRI LICHTENBER.

(Traducido de *Revue Franco-Allemande*, por Soledad Gustavo.)

ENTRE JARAS Y BREZOS

XII

Viajero, genio del mal.

La quietud y la calma de los dichosos vecinos del pueblo de M. fué interrumpida por la furtiva llegada de un viajero desconocido.

Era un hombre que frisaba en los cuarenta, alto, delgado, de tez rubia, nariz aguileña, ojos pequeños y penetrantes, que demostraban sagaz inteligencia.

Vestía un largo capotón pardo y sombrero hongo, y en todo su porte y compostura parecía pertenecer á la alta aristocracia.

Sus maneras eran finas y corteses.

Después de haber atravesado montes, pueblos y aldeas, siempre errante, llegó al pueblo de M., donde se detuvo, alojándose en la mejor posada.

Alquiló una habitación con llave, pagándola anticipadamente. En ella estuvo encerrado dos días enteros, sin salir á la calle, ocupado en examinar mapas y en compulsar libros que traía consigo.

¿Qué traía? ¿Qué buscaba en M.?

Todos lo ignoraban. Él lo sabía.

Su mente estaba cargada de grandes ambiciones y de inmensos proyectos babilónicos.

Después de dormir bien y de comer mejor salía á la calle, las atravesaba sin mirar ni hablar á nadie, con la cabeza baja, como si el peso de sus pensamientos la inclinase hacia la tierra.

Salía al campo y la alzaba. Su mirada brillaba entonces con fulgores fosforescentes y parecía rejuvenecerse.

De vez en cuando se inclinaba para coger una piedra; la examinaba, y á veces la partía con otra y la volvía á tirar con desdén.

Para aquel hombre no había propiedades; nada respetaba.

Saltaba las pequeñas paredes de los cercados y huertas, sin pedir permiso á nadie.

El dueño del cercado, al ver aquel desconocido que se introducía furtivamente en terrenos de su propiedad, solía decirle:

—¡Eh! Buen hombre; ¿dónde vais por aquí y qué buscáis?

—Ni voy á ninguna parte, ni busco nada... Ya veis lo que hago: paseo—contestaba el desconocido.

—Pero es que esto es mío—objetaba el dueño.

—Yo no lo niego—contestaba él.

—Entonces, ¿qué queréis aquí? ¿Qué venís á hacer á este sitio?

—Vengo á pasear, y nada más.

—Pues si no es nada más que eso, seguid—decía el hombre del pueblo—, y le dejaba paso franco, mirando recelosamente cómo se alejaba el desconocido y entraba en la propiedad del vecino.

—¿Qué traerá por aquí este personaje misterioso?—se preguntaban unos á otros los sencillos lugareños—, y se hacían mil suposiciones sobre el desconocido.

Unos decían: —¿Estará loco ese hombre? ¿Será un maniaco?

¡Cuán lejos estaban de la verdad!

Bien presto sabrían quién era, qué buscaba y qué pretendía hacer de M., cuando les dijera:

—Soy la industria moderna, el tirano, el explotador; la tala de vuestros árboles, la ruina de vuestros campos.

Cierto día que paseaba por el campo, cogió en un arroyo una piedra del grandor de un huevo, y se la guardó en un bolsillo del capotón.

Cuando llegó á la posada le dijo á un chiquillo, que llamó:

—Mira, muchacho; por cada piedra que me traigas de esta clase te doy un duro—, y le enseñaba la piedra.

Al día siguiente, el muchacho le llevó unas cuantas de la misma clase que la que él le había enseñado el día anterior. Se las pagó todas al precio convenido, y le preguntó:

—¿Dónde hay estas piedras?

—Pues allá arriba, detrás de aquel cerro en la fuente del agua mala—, le contestó sencillamente el muchacho.

—¿Me quieres llevar allá? Te doy cinco duros por este trabajo.

—Cuando usted quiera.

—Pues ahora mismo; toma—y depositó en manos del niño cinco monedas de plata—, dejándolo atónito, sin atreverse á guardar aquel dinero.

Esto lo observó el desconocido, y le dijo:

—¿Pero qué haces? Guárdate esas monedas, se las das á tu madre, y la dices que te las he dado yo por un trabajo que me has hecho. Vamos. Y ambos salieron de la posada, encaminándose á la fuente del agua mala que había indicado el muchacho.

Llegaron á ella, y el desconocido sacó de sus bolsillos un pequeño frasco de cristal, lo llenó de aquella agua, guardandoselo otra vez, y examinó detenidamente el terreno, volviéndose al pueblo.

Se encerró en su habitación y estuvo escribiendo largas horas.

Días después se presentó otro desconocido, del mismo porte y calaña que el que hemos presentado á nuestros lectores.

Luego llegó otro y después otro, acompañado este último de algunos hombres de muy diferente vestimenta y porte que los anteriores, trayendo varias acémilas cargadas de cajones de madera.

Reuniéronse á desarmar aquellos cajones en medio de la calle.

En ellos venían barras de hierro y ruedas de engranes. Comenzaron á unir piezas con tornillos y á colocar en orden las ruedas, quedando formado un aparato mecánico.

Los sencillos vecinos de M. se aglomeraron á la puerta de la posada para ver aquella novedad, y solían preguntarse:

—¿Pero qué diablos es eso? ¿Para qué servirá? ¿Qué vendrán á hacer aquí esos señores?

Bien presto lo sabrían.

Al día siguiente los hombres cargaron con aquel aparato de hierro, y se entraron en las propiedades de los lugareños, comenzando á taladrar la tierra.

La sonda, pues tal era la máquina que hemos presentado, al principio se hundía fácilmente en la blanda tierra; después daba con una dura, que taladraba é iba echando fuera por un tubo barras redondas de aquella masa. Aquellas barras las cogían los hombres, llevándolas á la posada.

Los propietarios de M., al ver que sin su consentimiento y permiso hacían esto en sus propiedades, les dijeron:

—Pero ¿qué hacen ustedes? ¿Quién os ha dado permiso para hacer esto en lo nuestro?

A lo que contestaba el desconocido:

—Tengo plenos poderes para hacer lo que quiera en todo el término de este pueblo. Todas estas tierras están denunciadas por nosotros y pagamos por ello una contribución al Estado, que nos autoriza para hacer lo que mejor nos plazca de vuestros campos, abonando los daños y perjuicios. Pronto vendrán los peritos á apreciar estas tierras, se os pagará estrictamente hasta el último céntimo, y no tenéis nada que pedir.

Poco tiempo después un millar de braceros se ocupaban en abrir un inmenso hoyo como á un kilómetro retirado de la población.

Los árboles eran talados sin compasión para tender redes de hierro por la tierra.

Una poderosa compañía, que contaba con muchos millones, explotaba la mina, y todos los días empezaba á abrir trabajos nuevos.

Cuando ya estaban construídas algunas vías, trajeron una locomotora, jamás vista por los ignorantes hijos del pueblo. Muchos de ellos, la mayor parte, estaban contentos de la novedad, pues la compañía pagaba muy bien á sus trabajadores y todos querían ser obreros de aquella empresa.

La primer locomotora que entró en el pueblo tuvo una entrada verdaderamente triunfal. Hombres, mujeres y niños se aglomeraron en torno de ella para verla tirar de los primeros vagones cargados de tierra. Al dejar escapar sus estridentes silbidos antes de arrancar, fué saludada con vivas y aclamaciones de la multitud.

Los señores amos de la mina habían ya comprado una casa que reedificaron en forma de palacio, y celebraron banquete, convidando á los principales del pueblo, al alcalde, al cura, al médico y al boticario.

Con la concurrencia de tantos forasteros como todos los días llegaban de todas partes de España, las casas de M. no eran suficientes para alojar á tanta gente, y la poderosa compañía compró terrenos para construir casas para sus obreros. Con este motivo se abrieron talleres de todas clases, y miles de obreros de todos los oficios se ocupaban en los trabajos de la mina.

La explotación estaba ya muy adelantada.

Quitada la primera capa de tierra, llamada estéril, se principiaba á encontrar una sólida masa de mineral.

AURELIO MUÑIZ.

(Continuará.)